

12ª Libroferia Encarnación

**ANTOLOGÍA DEL CONCURSO
“JOVENES QUE CUENTAN”**

Encarnación, Paraguay

Septiembre de 2016

Créditos Editoriales

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

EDITORIAL DIVESPER



Kreusser e/ Honorio González e Independencia
Nacional – Encarnación, Paraguay
Teléfono: 595 71 205454
email: editorial@unae.edu.py
www.unae.edu.py

Nadia Czeraniuk, *Presidenta de la Comisión Organizadora de la Librería Encarnación - Dirección Editorial*

Tania Schaefer, *Coordinadora del Concurso “Jóvenes que cuentan”*

Mirtha Lugo, *Secretaria de la Comisión Organizadora de la Librería Encarnación - Corrección y revisión del estilo.*

Francisco Cantoni, *Gestión de Publicaciones, diseño y diagramación*

Impreso por Impresiones Gráficas AGR
Impreso en Paraguay – Printed in Paraguay

© EDITORIAL DIVESPER

Esta edición consta de 300 ejemplares
Encarnación, agosto 2016

ISSN

Índice

PRESENTACIÓN.....	7
1. A TRAVÉS DEL TIEMPO	
Débora Casco, Encarnación	11
2. ALGO MÍO	
Mónica Bernal, San Lorenzo	19
3. DINERO FLUIDO	
José Felipe Giménez Figueredo, Capitán Miranda.....	26
4. EL CÓDIGO DE LA ALEGRÍA	
Julio Daniel Vergara Guthmann, Encarnación	33
5. EL DEMONIO VESTIDO DE UNA DAMA DE BLANCO	
Tania Sommerfeldt Lutunski, Encarnación.....	42
6. EL MISTERIO DEL LIBRO SIN LETRAS	
Paola del Pilar Cabrera Domenech, Asunción	51
7. EL SILENCIO DE EMMA	
María del Carmen Benítez Martínez, Hohenau,	56
8. HASTA EL FINAL	
Marta Ylem Ayelen Wasmuth Miette, Bella Vista, Itapúa.....	61
9. LA CIUDAD DE LOS CONTRASTES	
Stefan Aguilera, Asunción.....	66

10. LA DAMA AMANDA	
Jazmín Sosa Barboza, Encarnación	72
11. LA FILLE DU PONT	
María Jazmín Barreto Pereira, Encarnación	79
12. MENSAJERO	
María Florencia Cristaldo Alegre, Encarnación.....	88
13. AQUELLOS OJOS MARRONES	
Verónica Krause, Hohenau	99
14. RED EYES	
Mariano Velázquez, Encarnación.....	105
15. TODO CAMBIA	
Guillermo Kleemann, Hohenau	111
16. UN GRAN FRAUDE	
Javier Vergara, Encarnación	114

“JÓVENES QUE CUENTAN”

(Prólogo)

Con suma satisfacción se recibe en el ámbito de la comunidad cultural la convocatoria al premio de cuentos “Jóvenes que cuentan”. Esta iniciativa de la Librería Encarnación y demás instituciones involucradas tiene una importancia real por diversos motivos, uno de los cuales es la invitación a la juventud a abordar la escritura de ficción narrativa.

Además, representa un barómetro en cuanto a la adquisición del hábito de la lectura, pues es difícil que alguien escriba bien si no lee. Incentivar a los jóvenes a sentarse frente a una hoja de papel en blanco con el propósito de escribir un cuento tiene un valor indudable, pues no solo se requiere el conocimiento cabal del lenguaje, sino también el impulso creativo que compromete la imaginación y la lógica. La primera es responsable de dar vida a los personajes e inventar un argumento; la segunda tiene a su cargo elaborar una trama verosímil, que despierte la obsesión narrativa, captando la atención del lector hasta el punto final de la historia.

Otro valor de este concurso, y de las justas en general, es ofrecerles a los jóvenes la oportunidad de medir sus habilidades y comprender que en una competencia, como en la vida, muchas veces

llegamos a la meta antes o después que los demás. Ganar es gratificante, naturalmente, competir es fundamental. Esta experiencia es, para el escritor novel o desconocido aún, un acicate significativo no solo en el campo literario, sino también en la formación de la personalidad y su escala de valores.

Cuando de evaluar se trata, siempre recuerdo el final del poema “Si”, de Rudyard Kipling que termina diciendo:

*Si triunfos o fracasos no menguan tus ardores
y por igual los tratas como dos impostores
lo que existe en el mundo en tus manos tendrás
y además, hijo mío, un hombre tú serás.*

Propongo a todos los jóvenes que adopten estos versos como un credo existencial y sigan fieles a sus metas, sean estas literarias o no, para que además de ser buenas personas triunfen en la vida y consigan la felicidad.

Reneé Ferrer, Escritora, Presidenta de la Academia Paraguaya de la Lengua Española



PRESENTACIÓN

La organización de la Librería Encarnación y la Universidad Autónoma de Encarnación UNAE, organizaron en el 2016 el concurso de cuentos: "Jóvenes que cuentan". El objetivo del concurso ha sido la búsqueda de la promoción, entre los jóvenes, de la escritura de textos literarios creativos que conlleven un proceso de reflexión sobre valores, intereses y opiniones que ellos quieran manifestar. Estuvo dirigido a jóvenes comprendidos entre los 14 y 25 años.

El concurso promovió la redacción de textos literarios creativos, que partieron de un proceso de reflexión sobre valores, intereses y opiniones,

con temas libres de modo que pudieran expresar aquello que sintieron necesidad de contar. Las categorías de participación fueron dos: A. Jóvenes de 14 a 18 años y B. Jóvenes de 19 a 25 años.

Los jóvenes escritores han optado por temas libres. Se trata de una generación de escritores emergentes que puede tener la oportunidad de en el poder de la palabra, por atreverse a construir mundos con la fina hilatura de sus sueños, por apostarle al arte de la escritura como el instrumento que cuestiona, recrea y pone a vibrar nuestras diversas realidades.

Reflejan sentimientos y tal vez hechos reales por los cuales todos los jóvenes pasan. La organización de la Librería Encarnación y la Editorial Divesper se complacen en presentar a la comunidad lectora de la región sur del Paraguay, el producto de lo que puede considerarse un efecto de los años de la Promoción de la Lectura y emprende ahora el desafío de promocionar la Escritura y la producción de una nueva generación de escritores.



ANTOLOGÍA

JÓVENES
QUE CUENTAN

1. A TRAVÉS DEL TIEMPO

Débora Casco, Encarnación

Su risa suave podía contagiar a todos mágicamente. Sus ojos negros tan oscuros, tan profundos como caer al vacío. Corría por todo el patio saltando infantilmente y dando vueltas para finalmente echarse sobre un árbol riendo a carcajadas.

Sacó un libro del interior de su campera y comenzó a leerlo. “Cuando llega la noche”, se leía en la portada.

Iba por la página 50 cuando el timbre sonó, pero estaba tan inmersa que no fue consciente de ello. Pasaron 10... 15 minutos, cuando tras soltar una carcajada, levantó la vista y se encontró con un patio completamente desierto. No había un solo niño en toda el área. Corrió rápidamente, asustada de que la regañaran.

— Señorita Mayer, ¿dónde estaba? Hace 20 minutos comenzó mi clase – dijo la profesora.

—Sí, lo siento profe, no me di cuenta de que el timbre sonó, no sucederá de nuevo.

Gwen no era mentirosa pero sí bastante distraída. Al día siguiente se encontró en la misma situación.

La hora del receso llegó y ella corrió a su escondite. Este se basaba en un jardín abandonado, rodeado de pasto, flores y muchos árboles. Profesores ni alumnos podían acceder al lugar, pero ella se había trepado... seguía siendo el lugar perfecto.

Traía su libro consigo, cada parte era devorada por sus ojos, saciaba su mente. Se transportaba a otro mundo y no se percataba de nada de lo que sucediera a su alrededor, ni de que un niño se encontraba al otro lado del jardín, detrás de un árbol, observándola.

Los días pasaban y Gwen seguía asistiendo al jardín y el niño también, pero ella nunca lo notaba, no podía ver su mirada ni cuánto tiempo él pasaba reuniendo valor para acercársele.

Cierto día, se encontraba nuevamente en su lugar, culminando las últimas páginas de su libro, cuando escuchó un ruido y levantó la vista. El niño se escondió detrás del árbol, pero no fue lo suficientemente rápido como para que Gwen no lo viera.

Esperó a que el niño saliera de su escondite, echó su cabello en su cara como una cortina y por el rabllo del ojo pudo observarle. Tenía el cabello

negro, enmarañado, ojos cafés, labios finos y sus mejillas estaban ligeramente sonrosadas. Vestía una remera blanca con una tira a lo largo del brazo de color amarillo y un escudo en el pecho que ella no alcanzó a leer.

Se quedó pensando qué hacer, vio a sus amigas y se encaminó para allá.

Tiempo después...

— ¡MAYER! – gritó la profesora.

— ¿Ah? ¿Qué? ¿Qué paso? – dijo Gwen, sentándose bien y dejando la comida y los chismes de lado.

— ¡Estoy llamando asistencia! ¡Muestre algo de respeto!

— Ah, lo siento. Presente.

—Alguien te tiene marcada parece – dijo Tefi, una de las amigas de Gwen.

— ¡Qué importa!, mientras rinda bien no puede decirme nada.

— ¿Sales en el recreo?

—No, me quedaré a leer.

—Existe un mundo detrás de ese libro ¿sabes?

—Sí, pero este mundo es mejor.

Se sentó en la parte de atrás y abrió su libro, pasados los primeros 10 minutos, entró uno de sus compañeros. Luke, se sentó y recostó su silla por la pizarra, concentrándose en su portátil.

— ¿Qué lees? – habló Luke

— Un libro – contestó, seca.

— Ah, gracias por el dato – dijo algo herido.

—Se llama “La chica del tren” ¿lo conoces? – suspiró resignándose. Odiaba que le interrumpieran, pero no podía ser tan mala.

—Escuché de él.

Gwen se levantó y fue hacia Luke para entregarle el libro y que leyera su sinopsis. Comenzaron a hablar acerca del libro y de otros más.

—Eres Luke ¿no?

—Sí.

—Ah, soy Gwen.

—Lo sé. Es decir, somos compañeros – dijo y soltó una pequeña risa. Gwen sonrió avergonzada. Distraída, a veces no se fijaba en su alrededor.

—Claro... solo me aseguraba

—De dónde vienes – pregunto Luke

— ¿Ah? Antes estaba en Ancaire, Sininen Aura y Foraoise.

— ¿Ancaire?

—Sí, ¿por qué?

—No, simplemente tenía curiosidad.

Así pasaron los días, en los que al sonar el timbre, Gwen y Luke se quedaban a hablar; otras, solo se cruzaban miradas escondidas.

—Pasas demasiado tiempo con él. ¿Qué dirán de nosotras? – dijo Elisa

— ¿De qué hablas?, es mi amigo.

—Es uno de ellos – respondió Estefany.

— ¿Uno de ellos?

—Un estúpido *friki*, un inadaptado social – apoyó Clari.

—Él no es un... - no pudo terminar la oración porque Elisa la interrumpió.

—No, no puedes compararnos con él.

Y ahí tenía a sus amigas, interceptándola en un vago intento porque dejara a Luke.

— Tienen razón, chicas. Lo siento, las dejé de lado – dijo, para luego abrazarlas.

Miró hacia Luke. Se encontraba hablando animadamente con sus amigos.

— Que hable con él, no quiere decir que vaya aceptarme en su grupo. No tengo a nadie más que a ellas – pensó resoplando.

La salida llegó y todos comenzaron a salir como si su vida dependiera de ello. Luke en cambio, caminó hacia Gwen.

— Ey, ¿vamos juntos? – preguntó con aire despreocupado.

—Yo... quiero – pensó – No puedo, tengo cosas que hacer.

Salió disparada, mientras Luke se quedó muy confundido.

Gwen fue por otro camino a su casa.

— Él es tan genial, pero luego están ellas, ¿y qué haré si voy con él?
Sería una pesada – iba pensando en el camino.

Pasaron los días en los que Luke intentaba hablar con Gwen y ella lo evitaba a toda costa.

Se preparaba para salir cuando él la detuvo.

—Tengo que irme – dijo Gwen.

—No te irás hasta que hablemos

—¿De qué quieres hablar? – dijo haciéndose la inocente

— ¿Por qué me estas evadiendo? ¿Acaso ya no quieres hablar conmigo?

—Yo no hago eso.

—Claro que sí. ¿Sabes cuánto tiempo me tomó poder hablarte? Todas las veces que pensé en hacerlo y jamás me atreví... y ahora que al fin sucede, solo haces esto.

—Espera... ¿qué?

—Teníamos 8 años y yo iba a Ancaire solo para verte. Me escapaba de mi colegio todos los días y tú siempre estabas en ese jardín.

— ¡Tú eras ese niño! – dijo asombrada y pegó un grito.

—Sí, me has gustado desde ese momento, hasta que un día solo no volviste a aparecer. Luego me mude aquí. Al principio no te reconocí.

—Espera... ¿y cómo rayos sabías que era yo si nunca supiste mi nombre?

—Por esto – dijo quitando un marca páginas en forma de corazón en donde podía leerse "Propiedad de Gwen Mayer"

—Se me había perdido...

—No. Se te cayó y yo lo recogí.

Se quedaron en silencio unos minutos hasta que Gwen habló.

—Entonces... ¿aún te gusto?

—Hmm, sí – dijo Luke - poniéndose rojo.

—Entonces, no habrá algún problema en que haga esto – Y lo besó.

2. ALGO MÍO

Mónica Bernal, San Lorenzo

Pasé mi vida creyendo que era mucho más que mi nacionalidad, el color de mi piel, la marca endeble de mi educación o la patria que me sirvió de hogar desde mi nacimiento.

- Sí, este es el Paraguay - me decía al leer los encabezados de los periódicos anunciando los actos de corrupción de diversos políticos día a día. Jueces y juezas pagados, condenando a algunos pobres diablos y liberando a los que tengan para pagar sus servicios. Funcionarios que día a día tragan el dinero del pueblo, que se necesita a gritos en miles de escuelitas destartaladas, hospitales llenos al tope, cárceles y hasta en las calles del mismo centro de la ciudad.

- Es natural – pensé - el que varios tomen la oportunidad de progresar, aunque sea de esa manera. Si vos no agarrás la plata que te ponen enfrente, otro lo hará felizmente. Somos egoístas y así sobrevivimos. Así es la vida en Paraguay. El país ya estaba podrido cuando llegamos y ninguno de nosotros cree tener el poder de cambiar las cosas. Lo encontramos podrido y así lo dejamos a nuestros hijos e hijas.

- En fin, ¿por qué estoy pensando en todo esto? Pero qué boludo soy, un drogadicto cualquiera me roba y me pongo filosófico.

Muchos pensamientos de ese estilo pasaron por mi cabeza, mientras esperaba sentado en la comisaría.

Ya había pasado lo peor, pero la adrenalina se había incrustado en el cerebro; y ese sentimiento extraño que me azotó durante el suceso, me había dejado un sabor raro en la boca. No descansaría hasta analizarlo a fondo y descubrir su causa, resolver el acertijo de ese instante. Pero también me sentía cansado y sin ganas de mantener el hilo en mis conversaciones conmigo mismo.

Y seguí con mi soliloquio...

Había visto en algún programa o lo había leído en alguna revista de curiosidades... que es normal percibir los acontecimientos con mucho más detalle durante un accidente o catástrofe. El cerebro parece percibir mejor los detalles, la memoria se agudiza, los ojos reciben toda la información frente a ellos para así, en conjunto, calcular el siguiente paso a tomar, y sobrevivir.

Mientras, recordaba estas cosas, con la mirada fija al piso de puntitos beige, la muchedumbre nocturna pasaba y se alejaba en la comisaría

primera. Policías obesos, malvivientes atrapados recientemente, personas como yo tratando de hacer una denuncia, y otros con la mirada fija en las pantallas de sus celulares. Supongo que yo haría lo mismo si no me hubieran robado mi smartphone. Pero todos esperando, esperando...

A veces me parece que lo que más nos une a los paraguayos es la necesidad de esperar, esperamos en interminables filas del hospital, esperamos con las caras imperturbables colectivos que no llegan sino en dos horas; esperamos en los supermercados, en las comisarías, en la municipalidad, en los colegios y, por supuesto, esperamos tras inamovibles filas de tránsito, ya sea sentados en nuestros autos o apretujados en los desesperantes colectivos.

- Ah no, casi lo olvido, no todos los paraguayos esperan, también están esos famosos que se cuelan filas a cambio de fotos o autógrafos, o los políticos que pueden pagarse un hospital privado; todos ellos también son paraguayos... pero, ¡qué desconsiderado de mi parte olvidar a mis compatriotas!.

- Ey, pero ni ellos se zafan del infernal tránsito, ¿no?.

- ¡Ah! - una pequeña sonrisa irónica me alumbró un rato la amarga noche.

Y, una vez más reviso mis recuerdos, el asalto del que fui víctima hace unas horas... Pensé que iba a morir... Pero acá estoy, sano y a salvo en mi interminable espera, como el ciudadano común.

A eso de las veinte horas salí de mi trabajo en una oficina sobre Azara, cuando un tipo encapuchado y con la remera de un club me apunta con un revólver y me quita la billetera y dos celulares. El tipo era un poco más bajo que yo, como de un metro setenta, moreno.

Eso es lo que había practicado decir cuando me llegara el turno.

Lo que en realidad sucedió fue que una tarde como cualquier otra, a mi salida del trabajo en una oficina sobre Azara, la calle estaba silenciosa y solitaria como siempre en invierno. En serio, recuerdo haber dado una larga mirada alrededor en busca de alguna persona sospechosa por precaución, ya que varios compañeros fueron asaltados por ahí. En eso, el criminal sale de una sombra y me apunta con un revólver. Ambos estábamos en una parte más o menos oscura de la vereda, al lado de mi auto estacionado. Es, en veredas semioscuras como esa que siempre uno espera ser asaltado.

Miré a mi asaltante, en su cara ensombrecida, sus ojos parecían inhumanos y aunque al principio pensé que se debía a la oscuridad de su

capucha, no conseguí ver sus ojos, sus pupilas. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Un *pirirî*...

Luego miré sus manos curtidas, estaban cubiertas por tatuajes de mala calidad con la tinta borrosa. Y, la remera deportiva que antes comenté, nunca había visto un club con esos colores.

Creo que fue eso lo que me hizo sentir tan extraño. El tipo tenía todas las de un paraguayo de clase pobre y al mismo tiempo parecía venir de otro mundo.

- Tu celular y plata - me dijo.

Contemplé rápidamente los dos caminos que tenía delante: uno, darle todo lo que tenía y salir corriendo vivo; el otro, empujarlo y salir corriendo, no sé si vivo o no tanto.

Y, alguien dentro de mí, algún tipo mucho más sabio del que quería huir sin entregar nada, salió y le pasó mi billetera y los dos celulares, en un acto reflejo.

- Perdón *kape* - dijo, mientras sacaba los billetes de mi billetera y me la pasaba de nuevo.

Y se fue.

Entré al auto y arranqué en un estado de “piloto automático”, mientras trataba de recordar la cara de mi asaltante; me parecía tremendamente conocido, pero no sabía de dónde.

Empecé a mirar las calles, las veredas, los autos y peatones anónimos de siempre como si me fueran extraños. Supongo que a este sentimiento lo refieren a veces como *deja vu*.

Sé que algo, como de otro mundo pasó, pero no sé cómo explicarlo, ni a mí mismo.

Vi algo en ese hombre, vi algo mío. Algo humano. No. Algo mediocre y común. Algo que todos tenemos y que nunca antes había visto.

Después de todo eso mi corazón latía fuerte y no sabía cómo actuar.

Aunque ahora suena estúpido, también pensé en los mitos, como para explicar lo que pasó. Me vino a la mente la imagen de mala visión, como esa mujer árbol que juega con tu mente.

Por lo menos el hombre tuvo la decencia de devolverme la billetera en la que estaban mi cédula y tarjetas.

Ahora que lo pienso mejor, podría cortar y pegar todo el texto anterior en mi muro de facebook (sin lo de mala visión, claro), como mis miles de

amigos hacen cuando están indignados. Pero, lo cierto es que yo sólo estoy feliz de estar con vida.

Después de esto, me levanté de mi no tan confortable asiento y salí de la comisaría.

3. DINERO FLUIDO

José Felipe Giménez Figueredo, Capitán Miranda

Él lo había maquinado todo con una frialdad meticulosa, como si estuviese cometiendo el crimen perfecto. De ese modo fue hasta la despensa de “Don Luis”. La primera fase comenzaba y terminaba ahí.

-¿Qué tal Don Luis?- le dijo con entusiasmo.

-Y, en la lucha mi hijo, ¿qué vas a querer?- preguntó el despensero.

-Dame dos kilos de tomate, y pan- respondió.

Don Luis no perdió el tiempo. Colocó los tomates en una bolsa, así como el pan y los dejó en el escaparate.

-¿Otra cosa?- y lo miró con curiosidad. Pero él negó con su cabeza y antes que Don Luis le dijera cuanto alcanzaba la suma de lo que había comprado, le pasó un billete de cien mil guaraníes.

Don Luis le pasó el vuelto, y pudo salir de la despensa. Sintió una especie de felicidad extrema, su plan había funcionado.

En cambio, Don Luis comenzó a contar el dinero de la caja registradora, y notó un billete de cien mil guaraníes con marcas muy extrañas. Llegó a la conclusión, por la ubicación del billete, que debió ser Pedro quien lo dejó, porque él había comprado hace un momento.

Don Luis se preparó, tomó su dinero. Debía de ir a pagar cuentas en Asunción. Así que dejó a su esposa a cargo de atender la despensa. Tenía que pagar algunas facturas.

Para su suerte o su mala suerte, el taxista que lo llevaría hasta su destino, no era otro que “Carlos Tatuado”. Le decían así porque llevaba un tatuaje en la mejilla derecha. Trató de hacer conversación con Carlos, puesto que el hombre tenía cierta fama de andar metido en cosas turbias, sobre drogas y otros temas reprochables.

Don Luis llegó rápido a Asunción, pagó y salió del coche a trompicones, no quería estar un segundo más en el taxi del “Tatuado”. Le pagó con el primer billete de cien mil que encontró, de pura casualidad era el que tenía marcas.

“Carlos Tatuado”, debía pagar algunas cosas con sus viejos socios, no quería su vieja vida. Arriesgar el pellejo cada día por vender un “toquito”

no valía la pena. Quería cambiar, pero esos fantasmas tal vez lo perseguirían por mucho más tiempo.

Se dirigió a uno de los barrios más alejados de Asunción. Paró frente a una casita con unos cuantos perros listos para triturar a cualquiera, con sus poderosas fauces. Se bajó de su taxi, contó su plata dos veces y fue hasta el portón, los perros comenzaron a ladrar infernalmente y a mostrar sus enormes dientes capaces de moler huesos y carne. Otro hombre paró a los perros y pudo entrar en la casa.

Había escuchado que su jefe estaba con un dirigente político. Era normal, se acercaban épocas de elecciones.

Abrió la puerta y entró, y vio a un hombre rollizo, de piel rojiza. En un escritorio estaba el jefe, de aspecto serio con su negro bigote.

- Mis patronos quieren un poco de plata, las votaciones se acercan y quieren financiar sus campañas - dijo el hombre rollizo.

-Sí, ya sé- dijo el jefe.

-Disculpen- irrumpió Carlos.

El hombre rollizo giró para verlo, y el jefe lo miró con la frente arrugada en un signo de sorpresa, ante la interrupción.

-Carlos, estoy con gente importante, ¿qué necesitas?- le preguntó el jefe.

-Quería pagar- y se acercó hasta el escritorio.

Colocó su dinero en el escritorio, y el jefe comenzó a contar los billetes, hasta que paró en un billete de cien mil.

-¡Este billete está marcado! ¡Nada de billete con marcas, ya te dije antes! Andá, ¡Lavá este y trae otra vez!- le gritó.

Así hizo Carlos. Fue hasta un cambista. Reemplazó el billete que estaba marcado y regresó a pagar sus cuentas.

El cambista llevaba un día agotador. No había hecho mucho negocio. Los hermanos extranjeros no habían venido mucho ese viernes. Eso le tenía preocupado. Pero el resto de la semana logró hacer más plata. Comenzó a mirar un billete de cien mil guaraníes que estaba marcado, el que había cambiado a un hombre con tatuajes hace unos segundos y le pareció sospechoso. Por las fachas del hombre, por su tatuaje, por el billete tan extraño que trajo. Pensó y llegó a la conclusión que debía deshacerse de ese billete, lo antes posible, le ganó una fobia a ese cien mil, como si estuviese embrujado.

Fue hasta un supermercado, y compró algunas cosas. Le pasó a la cajera el billete de cien mil guaraníes con marcas.

Andrea trabajaba como cajera en un supermercado no muy importante, pero lo hacía solo para conseguir dinero y poder pagar sus estudios, alejada del campo donde estaban sus padres. Con la esperanza de algún día ayudarlos y darles dinero, ella trabajaba incansablemente. Como era viernes, la hora de la paga semanal, el gerente tomaba tres billetes de cien mil y se los entregaba, sin decir una palabra. Andrea tampoco quería desafiarlo, temía que le descontase su escaso sueldo por causa de algún atrevimiento.

Así fue hasta su casa, se fijó en los billetes y notó que uno tenía marcas muy extrañas. No le dio mucha importancia. “El dinero es dinero” le había dicho su padre alguna vez. Además, ella se había ganado esa plata de forma honesta, trabajando, sin protestar, sin quejarse, para pagarse los estudios y atendiendo cuidadosamente lo justo para comprarse comida, y si llegase a sobrarle, enviar un poco a sus padres. Aunque un diez mil y un veinte mil, no eran mucho, sus padres se lo agradecían.

Llegó a su casa en Luque, luego de otra semana agotadora, se fijó que le faltaban algunas cosas, así que decidió que iría mañana a comprar lo más imprescindible, para luego ir a la facultad.

Era temprano, los cantos de los pajarillos la despertaron, se fijó en la ventana y unos claros rayos de sol ingresaban por la ventana. Se preparó y salió hacia la despensa de “Don Luis”. Este lo recibía siempre con una calurosa sonrisa.

-¿Qué necesitas, mi hijita?- le preguntó sonriente el despensero.

Andrea tomó un paquete de papel higiénico, en una bolsa puso algunas papas, tomó otra bolsa y metió cebollas, dos cajitas de fósforos, una pasta dental con sabor a menta y dos cartones de leche.

-Deje nomás, Don Luis- y le pasó un billete de cien mil.

-Y bueno- dijo el despensero, que le pasó su vuelto.

Andrea no quería comprar en ningún supermercado, sentía náuseas al entrar en uno. Le recordaban a la cara del gerente donde trabajaba, y eso le molestaba. Prefería comprar en una despensa - donde la gente sonríe al entrar y se despide con otra sonrisa gratificante - que irse a un supermercado donde sabía cómo algunas personas eran injustamente tratadas.

Llevó lo comprado a su casa y luego fue a la facultad.

Un muchacho entró rápidamente en la despensa de Don Luis. Estaba algo agitado.

- Don Luis, cambiame este sencillo y dame un cien mil - le dijo, y le mostró su dinero a Don Luis.

- Bueno - le dijo Don Luis y le pasó un cien mil- ¿no necesitás algo más Pedrito?- le preguntó con una sonrisa; pero él negó con la cabeza.

Apenas salió de la despensa, se fijó en el billete y con un temblor en su cuerpo, se dio cuenta de que era el mismo que él marcó, y que había dejado el día anterior en la despensa. Todo su plan se hundió. Seguro Don Luis se dio cuenta del billete marcado y le había entregado otra vez el mismo. El crimen que consideraba perfecto... marcar un billete y ver si algún día lo encontraba... había fallado.

Pero vio un rayo de esperanza, tenía la solución frente a su nariz y ni siquiera se había dado cuenta. Era incluso mejor que el primer plan. El nuevo plan era un verdadero crimen perfecto. Nadie se daría cuenta. Fue caminando y muy disimuladamente dejó caer el billete al suelo, cualquiera lo tomaría y lo llevaría pensando en la jugosa cantidad. El verdadero recorrido del cien mil guaraníes marcado, había comenzado.

4. EL CÓDIGO DE LA ALEGRÍA

Julio Daniel Vergara Guthmann, Encarnación

Una tarde donde parecía que una tormenta se acercaba, Policarpo Guzmán, taxista de cincuenta años, bajo, calvo, con bigote, esperaba que las veinte horas llegaran. La jornada había sido larga y faltaban minutos para finalizarla.

Él, angustiado por su economía, maldecía el no tener una oportunidad de volverse rico. Ya desde hace veinticinco años se dedicaba a conducir el mismo taxi, de lunes a viernes, desde la mañana hasta las ocho de la noche. Estaba casado y tenía dos hijos, gozaba de poder estar con ellos cada momento, pero vivía decepcionado de no poder darles una vida lujosa.

Justo cuando se disponía a salir de frecuencia, la estación le solicitó un último trabajo: retirar a un hombre a la salida del Cementerio.

- A esta hora y con este clima ¿Quién está tan loco como para estar ahí?. Parece que tendré que trabajar unos minutos más. Ojalá sea rápido – dijo, mientras se ponía en marcha.

Cuando estaba llegando divisó a un hombre elegante, alto y de buen físico, recostado por un lujoso auto. Se detuvo frente al coche esperando la llegada del pasajero, pero el elegante sujeto, luego de cerciorarse de que su auto estaba llaveado, entró al taxi. Policarpo, extrañado, dijo:

- Es raro que alguien con un auto tan bonito no lo quiera conducir.

El desconocido sonrió y dijo:

- Es que bebí bastante.
- ¡Qué buena actitud! - pensó Policarpo y exclamó:
- Qué bien, tal vez acaba de salvar su vida.

Y el hombre agregó:

- O la de algún inocente

El sujeto indicó que quería llegar hasta la costa, justo al lado de un puente, donde él se encontraría con amigos para hablar de un proyecto.

Ya en marcha, Guzmán decidió conversar. Miró al pasajero sentado atrás y le dijo:

- Bonito reloj, se ve caro

- No lo es cuando tienes dinero – respondió

El chofer analizó a su pasajero y volvió a hablar.

- Parece ser millonario.

El pasajero, halagado, dijo:

- Soy abogado, tengo una mansión, un buen auto, así que creo que sí

Sorprendido por tener al pasajero más rico que había transportado exclamó:

- Vaya, encaja en mi perfil de ganador. Desearía vivir como usted, sin preocupaciones, poder viajar, tener un auto nuevo. Sería feliz. Las chicas me mirarían de vuelta. ¿Está casado?

Luego de unos segundos, el sujeto respondió:

- Me halagas, y en cuanto a la pregunta... No. Cuando eres rico las mujeres no se enamoran de ti, sólo te buscan por dinero. Mi padrino solía decir "*La que te ama de pobre, te ama de verdad*".

El clima empeoraba, pero no llovía. El abogado exclamó:

- Perfil de ganador... Lo dice como si yo lo fuera y usted no.

Policarpo le respondió:

- Señor. Yo conduzco el mismo taxi desde hace 25 años, tengo que luchar para que mi familia coma, no soy más que un perdedor que no consiguió nada.

El abogado se corrigió:

- Cierto, no consideré eso. **Ganador** ¡qué título para mí! Hablemos de otra cosa, como la familia.

Policarpo le cuenta que tiene dos hijos y veinte años de casado con una maestra. Finalizó preguntándole al pasajero cómo es su familia.

Luego de escuchar, el abogado contestó:

- Bonito. Yo, en cambio, no tengo ni esposa ni hijos. Con mi familia no me llevo muy bien. Los primos solo son sanguijuelas asquerosas que piden dinero para solucionar sus problemas y luego se enojan cuando le dices que no
- Vaya. ¿Qué hay de sus hermanos? ¿Tiene alguno? - preguntó el chofer.

El abogado, sin dejar de sonreír dijo:

- Tenía dos hasta que murieron mis padres...Les quité casi toda su parte de la herencia. Mi hermano mayor me dijo que podría perdonar a un avaro, pero no a un orgulloso y exigió disculpas que nunca di. Murió años después cuando le negué un riñón para un trasplante. Ahora siento que nadie me quiere.

El taxista, angustiado, dijo que siempre hay alguien que lo puede apoyar. El hombre respondió:

- De eso no hay duda. Mi padrino siempre está cuando lo necesito...Acabo de ir a verlo hace un instante. Hablaba con él antes de conocerlo a usted.

Las cuerdas pasaban y Policarpo se decepcionaba. Esta vez decidió hablar de amistades, pero el abogado afirmó:

- Cuando eres rico no puedes tener amigos, solo buscan dinero y aprovecharse de ti.

Entonces, el conductor decidió tocar la economía, y inquirió:

- Debe ser tranquilizante poder vivir sin preocuparse del dinero.

Respondió sonriente el pasajero:

- Cuando eres rico vives con más miedo. Te pueden robar todo. No puedes viajar porque te pueden asaltar, usurpar tus tierras o cuentas bancarias.

Más perturbado, Policarpo decidió decirle:

- ¡No lo puedo creer! ¿acaso en su vida no hay nada bueno?
- Bueno. Tengo un proyecto que inicia hoy, lo vengo planeando hace tiempo. Creo que me traerá felicidad a mí y a varios de los que me conocen

Policarpo decidió guardar silencio, no quería seguir escuchando las decepciones de la vida del “ganador”.

- ¿Sabe qué, señor? Después de conocerlo, permítame decirle que usted encaja en el perfil de ganador que tengo - exclamó sorpresivamente el acompañante.

Policarpo iracundo respondió:

- Míreme. Conduzco el mismo taxi desde hace veinticinco años. No puedo mandar a mis hijos a un colegio caro. No tengo una mansión. No duermo por el miedo a que mañana me falte el pan. Usted tiene dinero, es joven y bello y se pasa quejándose de lo

mal que le va. No sabe lo que es ser pobre. ¡No sabe lo que es tener que sobrevivir con mi sueldo!

Se presentó un incómodo silencio. El sujeto sonriente dijo:

- A usted lo quieren por lo que es, no por lo que tiene. Tiene una familia que lo ama. Los problemas económicos se solucionan más rápido que los familiares. El dinero se recupera cuando se lo pierde, mas la conciencia, cuando se ensucia, no se la puede limpiar. En mi casa me espera la soledad, en la suya un honesto abrazo familiar. Le daría todo mi dinero a cambio de una vida como la suya con una esposa fiel e hijos. Cuando llegue a casa, pregúntese si cambiaría su vida por algo tan insignificante como el dinero. El dinero es fácil de perder, se devalúa; pero el amor no se consigue fácil, no pierde el valor con el tiempo, no te lo pueden robar y tiene más poder que la moneda.

El taxi se detuvo, habían llegado. Por la mejilla del chofer caía una lágrima. El desconocido, a pesar de haber visto el taxímetro preguntó:

- ¿Cuánto le debo?

Luego de secarse, Policarpo contestó:

- No me debe nada, me ha pagado con algo más valioso que el dinero: la sabiduría.
- ¿Seguro?... Usted también me ha dado algo muy valioso. Hacía tiempo que no hablaba con alguien tan bueno...Hasta pronto.

Se despedía bajándose del taxi. Caminó unos pasos hacia el puente ante la mirada del taxista que le gritó.

- Oiga, señor, este domingo haré asado, está invitado. Ahora es mi amigo.

El señor se dio la vuelta y le respondió:

- Lo lamento. Estaré ocupado. Este proyecto ocupará todo mi tiempo. Pero no se preocupe tendrá noticias de mí, señor.

Policarpo le volvió a dirigir la palabra:

- ¿Nos volveremos a ver algún día?

El señor le dedicó unas últimas palabras:

- No lo dudo. Nos volveremos a encontrar. Hasta pronto...

Policarpo veía como el sujeto cruzaba el puente. Se disponía a marcharse cuando en el reflejo del espejo, sobre el asiento, vio el reloj de oro y una

billetera cargada de dinero. La revisó y encontró la foto del sujeto. Una cantidad exagerada de dinero había ahí, junto a una nota que decía: “Quédatelo, pero no te hará más feliz de lo que deberías ser”. Policarpo giró su cabeza y gritó:

- ¡Señor! ¡Olvidó su dinero!

Pero el hombre ya había desaparecido. Policarpo comenzó a llorar. Ahora lo entendía todo. “Hasta pronto, amigo” - dijo. Se alejó del lugar en su coche, dejando sobre el húmedo asfalto el dinero, el reloj y la nota.

5. EL DEMONIO VESTIDO DE UNA DAMA DE BLANCO

Tania Sommerfeldt Lutunske, Encarnación

Ya he perdido la noción del tiempo. Podrían haber pasado quizás unos días o quizás, mil años. Ni siquiera recuerdo como llegué a donde me encuentro en estos momentos. Ni siquiera recuerdo como terminé mirando la hermosa plenitud del cielo, que poco a poco se va tiñendo, de ese oro y carmín que con regocijo contemplo, que va surgiendo al sentir como el rey astro va perdiendo su potencia y poco a poco se va ocultado detrás de ese inmenso horizonte, sostenido por el Atlas que corta la línea entre Gea y Urano.

El único recuerdo que permanece intacto, que lo siento grabado tanto en mi cuerpo como en mi mente, es aquel día en que la pesadez de mis párpados yacían ausentes, y al abrir mis ojos todo lucía tan diferente, todo se sentía diferente. Respiré profundamente, inundándome del refrescante aliento de la naturaleza, haciendo que me invada totalmente, disfrutando de esa paz que emanaba del ambiente. Todo se concebía obsecuente.

Miré alrededor y, con rapidez, aquella sensación abandonó mi ser completamente, al presenciar mi cuarto, el que en todos mis años de vida

lo consideré un santuario, reducido tan solo a una pila de tres enormes arcas.

Indignado, deseé una explicación, quise que alguien compartiera conmigo el porqué de la pseudo destrucción de mi monasterio. Bajé las escaleras con suma rapidez. Dirigiéndome al lugar más habitado, usado y amado de todo hogar, proveedor del alimento necesario para la vida, la cocina. Pero extrañamente la encontré vacía; un hecho realmente llamativo teniendo en cuenta la hora que marcaba aquel objeto eterno regidor del tiempo, que desde épocas ancestrales reinó la existencia terrestre, colgado en la polícroma pared.

Abandoné el lugar en busca de otra forma de vida parecida a la mía, yendo hacia la sala de estar. Al principio, no me percaté de su presencia, solo al acercarme y divisar su menuda figura fue cuando constaté su apariencia, la figura de una de las mujeres más importantes de mi existencia, la hacedora de mi existir.

Mis palabras de reclamo quedaron atrapadas, hechas un nudo, alojadas en mi garganta, al notar como aquel cuerpo, descansando en el viejo sofá, daba pequeñas convulsiones, señales claras eran las lágrimas que descendían por sus mejillas. Si hay algo realmente doloroso en esta vida es ver el llanto de la una madre, en especial si es la mía.

- Mamá... ¿por qué lloras?- pregunté dando cuidadosos pasos, acercándome poco a poco a ella. Pero el silencio gobernó como respuesta, ignorándome por completo. Decidí entonces repetir el cuestionamiento, recibiendo de nuevo aquella sepulcral sentencia mutista.

Llegué a ella, que se encontraba mirando fijamente, con la cabeza gacha, aquel objeto que sostenía firmemente en sus manos, haciendo tanta fuerza que sus dedos se habían convertido en blanco. Me senté a su lado, mirando con curiosidad lo que sujetaba con tanto arraigo. Grande fue mi sorpresa, al ver aquella foto familiar en sus manos, esa imagen que nos habíamos tomado la navidad pasada, hacía ya, más de seis meses.

Una lágrima sucumbió sobre el cristal del portarretratos, antes de que este fuera arrojado con suma violencia y rabia al otro lado de la habitación, estallando en mil pedazos. El asombro fue tal en mí, que me quedé petrificado, sin poder pronunciar palabra alguna. Aquel arrebato violento por parte de mi figura materna era algo desconocido, algo nunca antes presenciado.

La observé pararse y recoger la foto que poco antes estaba resguardada por aquel destruido portarretrato. La acarició dulcemente al ponerse de nuevo en pie, para luego volver a agacharse y recorrer el pedazo más

grande de cristal, de los que se esparcían por los suelos. Se sentó de nuevo a mi lado, sin siquiera molestarse en mirarme y constatar mi presencia.

- ¿Qué hice yo para merecer esto?- dijo en un hilo de voz, mientras se secaba sus lágrimas y seguía con su atención puesta en la fotografía.
- ¿Qué pasa mamá?- volví a preguntar desesperado.

De nuevo el silencio gobernó, de nuevo mis palabras flotaron en el tiempo, sin más, vi como poco a poco su menudo cuerpo se deslizaba del sofá hacia el suelo, quedando sentada sobre la inocua cerámica que componía el suelo, utilizando como respaldo el lugar que antiguamente la aposentaba.

Dejó de lado aquella fotografía, y se concentró en observar el puntiagudo pedazo de cristal, inherente vestigio del marco que alguna vez fue y que ahora yace abatido. Su mirar era absorto, sin siquiera pestañear, mientras que una cascada de lágrimas decoraba su enrojecido rostro. Y de inmediato lo supe, supe la idea que recorría su mente, en el mismo segundo en el cual apoyó el puntiagudo pedazo de cristal sobre su frágil muñeca.

- No lo hagas, ¡por favor!- dije en un grito ahogado, aquella súplica. Aquel ruego que jamás escuchó.

Y mi cuerpo se congeló, quedé estático, sin poder moverme, sin siquiera respirar, al observarla enterrar el filoso objeto en ella, que paso a paso iba ganando profundidad, a la vez que el dolor generado hacía presencia en su ahora sombrío rostro.

Y las gotas carmesí comenzaron a oírse impactar contra el suelo, como un eterno eco una y otra vez, al mismo tiempo que aquel corte se hacía cada vez más profundo y se extendía en el brazo de la mujer que me dio la vida. No sé cuánto tiempo quedé estupefacto, colgado en el universo, tratando de volver en mí, tratando de comprender lo que ocurría frente a mí. Para cuando lo logré, la imagen había alcanzado un nivel de horror calamitoso. Una naciente germinaba de cada uno de sus brazos, de ella fluía el hierro rojo que desde niño tanto temía. El blanco comenzó a invadirla, aquella palidez que rompía con lo tornasolado de su rostro.

- ¿Por qué haces esto?- pregunté arrodillándome a su lado. Inútilmente acumulando valía dentro de mí para así poder tocarla, poder brindarle algún consuelo, alguna exhortación o simplemente una caricia.
- Porque mi motivo para vivir dejó de existir- al fin mis palabras fueron escuchadas, al fin una respuesta me fue dada, aunque una sin sentido y algo inesperada.

El sonido de la puerta al cerrarse me sacó del ensimismamiento temporal en el cual me estaba sumergiendo. Me sacó de aquella nebulosa tormenta que se apoderaba de mis sentidos. Escuché la voz de mi padre llamarla desde la entrada, pero ella no respondió, siguió callada, envuelta en su misterio, al igual que lo hizo conmigo.

- ¡Papá! ¡Papá! ¡Por aquí!- bramé, poniéndome de pie.

El sonido de sus pasos acercándose con tal rapidez, me llenó de un alivio efímero, el alivio de saber que ya no estaba solo, que tenía con quien enfrentar aquella situación, en la cual mi cobardía rigió. El rostro de mi padre se desfiguró, en una expresión de pavor y dolor, al ver la escena. Al verla en medio de ese manantial sangriento.

- ¡Oh! ¿Cariño qué has hecho?- clamó desesperado tumbándose en el suelo, reposando la cabeza de la que era el amor de su vida en su regazo, arrancando aquel fragmento de cristal de sus manos y quitando de inmediato, el celular de su bolsillo para llamar a urgencias.
- Ya no quiero vivir sin él, mi niño, sin ti - me miró fijamente a los ojos - ya no estás conmigo - pronunció aquellas palabras haciendo que los ojos de mi padre se llenaran de lágrimas, y en mi mente se formaban mil desasosiegos.

- ¿De qué estás hablando? Aquí estoy mamá - afirmé mientras ella sacudía la cabeza en un “no” como respuesta - Por favor aguanta - supliqué con mi mano en camino de tomar la suya.

Pero nunca lo logré, nunca pude sentir su calidez. En cuanto lo intenté, en cuanto quise tomar su mano entre las mías, estas se abrieron camino en medio de la suya. Fue ahí cuando me percaté de la transparencia de mi forma. El impacto fue tal que de un salto estuve en pie nuevamente, contemplando mi brazo absorto, admirando su traslúcida presencia, retrocediendo paso a paso.

Y aquella sustancia negra del suelo brotó, cerca de la escena suicida en medio del salón, extendiéndose poco a poco en un charco pantanoso que al parecer solo yo podía ver, ya que el resto ignoró por completo su surgimiento, y como si de petróleo se tratase, unas burbujas comenzaron a brotar, dando paso al surgimiento de aquella criatura de nefasta apariencia, que como si de una corona se tratase, tres grandes cuernos salían de la calvicie de su cabeza, haciendo que su blanquecina piel se tornara rojiza en sus puntas, y como si estuviera subiendo escalones, su cuerpo salía cada vez más de aquel ónix líquido, el cual desprendía un aroma de putrefacción y el más puro azufre, aproximándose poco a poco a mi madre. Dos cuernos más pequeños decoraban sus hombros, codos y rodillas, de su desnudo cuerpo brotaban mil heridas, saliendo por

completo. Pude constar la inmensidad de su tamaño, y ver la falta de sexo en su cuerpo.

Se paró frente a mi madre, y volteó su cabeza para observarme. En sus ojos, en vez del blanco gobernar, lo hacía el rojo, y aquella coloración y punto negro del centro, fue remplazado por el Sol. Aquel astro se había trasportado en su oscuro mirar. El índice fue llevado, posándose en la fina abertura sin labios que tenía de boca, ordenándome de esa manera el silencio.

Ignorándome, giró su cabeza prestando atención solo a mi madre, extendió su mano, y vi como una figura translúcida con la misma forma, se desprendía de su cuerpo aceptando la mano de aquel demonio que en una fracción de segundos se transformó en una hermosa y angelical mujer, vestida de blanco y de dorada cabellera.

No pude hacer nada al ver como aquella criatura llevaba su alma; ambos desapareciendo de la misma forma que la primera había entrado, bajando esos invisibles escalones hacia el más allá. Un grito ahogado se oyó, lleno de angustia y dolor, proveniente de mi progenitor, al darse cuenta que entre sus brazos no yacía más que un cadáver. Y yo de alguna manera lo supe, no me sentí un inútil por no tratar de detener la marcha del demonio

vestido de una dama de blanco, junto a una de las almas que más amé en mi vida terrenal.

Sentí... que ese era su destino, ese era el camino que mi madre había escogido, y no había nada ni nadie que pudiera evitarlo, ni la más poderosa criatura existente, y mucho menos yo, un alma en pena convaleciente, condenado a vagar en la tierra por siempre.

6. EL MISTERIO DEL LIBRO SIN LETRAS

Paola del Pilar Cabrera Domenech, Asunción

Antes de comenzar con otra emocionante historia sobre misterios, voy a comentarles un poco de mi vida.

Me llamo Esmeralda Flint Fletcher, tengo una hermosa y misteriosa familia, amo resolver los misterios que se me presentan día tras día. Mi primer misterio lo resolví cuando tenía apenas diez años. Aclaro que la mitad de mis familiares son amantes de los misterios, así que está en la sangre. Pero ninguno de los misterios que ya había resuelto en años pasados, se compara a este que les voy a relatar a continuación. ¿Están preparados? Pues ahí va...

Era un día como cualquier otro, estaba viendo los libros de mi abuelo, ya que él tiene como cuatro estantes llenos de libros, clasificados por tema; pero había una sección que jamás en mi vida había visto, y en ella encontré solo un libro, muy anticuado, por cierto. Tenía mucho polvo. Soplé para quitarlo y estornudé. La tapa era dorada y brillaba como los rayos del sol; el nombre del libro era MISTERIO... Dato curioso, ¿no?

Me entusiasmé y traje mi Kit de detective. Abrí el libro y... típico, la primera hoja en blanco; la segunda estaba también en blanco y eso ya me era raro. Entonces comencé a hojearlo y... ¡ni una página estaba escrita! Lo agité y se cayó de él un papel muy viejo que olía a pescado. El papel decía lo siguiente:

“Para averiguar el misterio de este libro debes ver la página número 5 y leerla con una Lupa Rosa”.

Entonces, tomé mi lupa - coincidentemente tenía una lupa rosa - busqué dicha página y estaba en letras muy pequeñas lo siguiente: “Jorge Flint – Araceli de Flint”. Entonces fui a preguntarle a mi abuelo:

- Abue, ¿Quiénes son Araceli de Flint y Jorge Flint?

Mi abuelo no me respondió. Luego de unos cinco minutos, sonrió y dijo:

- Jorge Flint fue un hombre muy trabajador y su esposa Araceli ni qué decir.
- Abuelo, ¿y quiénes son, los conoces?- dije.
- Ay nieta, a ti que tanto te gustan los misterios, te digo, que este que te voy a contar, te encantará. Lee la página 10 y 45 de ese libro. Yo también las leí pero hasta hoy no encuentro la palabra secreta - dijo.

- ¿Palabra queeeé?- dije.
- “Secreta”, así como la escuchaste. Dicen que en la página 100 hay una mancha en rosa, averigua la palabra que falta.

Entonces, busqué la página 10, y la palabra era “Familia Flint Fletcher” y en la página 45 estaba escrito “Adivina el misterio del libro. Este libro es de Jorge y Araceli”.

Pensándolo bien, dice que el libro pertenece a dos personas, otro dato que me ayudó a descubrir la palabra. Tenía todas las respuestas del libro, pero lo extraño era que, dudaba en que mis sospechas fuesen ciertas. Todo me decía que el libro no era un libro, sino un álbum de fotografías de esas personas, pero sí era MISTERIOSO con todas las letras. No había ni una sola fotografía. Solo pude encontrar una cartulina roja en un sobre que decía en inglés: - ¿Te quieres casar conmigo?

Si no es un álbum de fotos, entonces, ¿qué es éste libro?

Decidí arriesgarme por esa palabra, fui con mi abuelo y le dije:

- Encontré las palabras abuelo. Las de las páginas, ya estoy casi segura de qué trata el libro.
- ¿En serio? ¿De qué trata?- dijo asombrado.

- Es un Álbum de fotografías de esas dos personas que me comentaste.
- ¿Álbum? – dijo riéndose - No lo creo. El libro no posee ni una fotografía.
- Eso es verdad. Pero esas personas me resultan familiares, al menos los apellidos.

Luego de pasar unas horas, leyendo las pocas palabras de las páginas 10, 45 y 100, y analizando cada cosita minuciosamente, puse las escenas en su lugar. Y esto fue lo que recolecté:

- La sonrisa de mi abuelo... ¡Cómo la conocía! A pesar de tratar de ocultar a Jorge y Araceli, tenemos el mismo apellido... La palabra “Álbum” y la cartulina en forma de corazón que decía: ¿MARRY ME? que significa ¿quieres casarte conmigo?, dan como resultado lo siguiente: Jorge Flint y Araceli Fletcher de Flint son esposos; son los padres de mi abuelo, y el libro no era un libro, sino un álbum de fotos de la boda de mis bisabuelos, pero las fotografías eran invisibles.

Cuando dije esto pensaron que ya debía dejar de tener tanta imaginación. Pero eso era cierto, ya que mojé con un chorrillo de agua el libro, y las fotos aparecieron por arte de magia. Mis bisabuelos usaron unas

sustancias misteriosas para ello, y no se podía leer la palabra secreta, porque mis bisabuelos eran detectives y adoraban los misterios. Entonces lo dejaron así para que alguna persona de la familia que lo viera, pudiera entretenerse.

Cuando se lo conté a mi abuelo, me dijo:

- Chócalas.
- ¿Qué? ¿Tú ya lo sabías abuelo?- dije.
- Sí. Solamente quería verte “en acción” – dijo. Te regalo el álbum, tu bisabuelo está en Miami y tiene 80 años y tu bisabuela 79. Yo 64 y tu abuela 60, tu papá 41 y tu mamá 39, Ernesto 18 y tu... emm... ¿Cuántos años tienes tú?
- Ah, gracias por la “Info” abue. ¿Mi edad?, abuelo, eso es un MISTERIO - dije, misteriosamente.

Nos reímos demasiado y luego comentamos a todos lo sucedido. Así concluye este misterio. Como siempre su detective favorita: Esmeralda Flint.

7. EL SILENCIO DE EMMA

María del Carmen Benítez Martínez, Hohenau,

Emma era una joven bella, pero introvertida. Vivía con sus padres en una casa sencilla pero acogedora cerca de un parque. Emma como toda joven estudiante, asistía a un colegio, no tenía amigas ya que las chicas a quien conocía, la llamaban la “chica rara” por su comportamiento distinto al de ellas. No le gustaba salir, no iba a fiestas y tampoco “tomaba”, como los jóvenes de su edad.

Cierto día, Emma iba llegando al colegio cuando de pronto se le acercó un joven que la llamó por su nombre. Ella se sorprendió, ya que nadie antes se le había acercado. El joven preguntó el porqué de su comportamiento tan distinto a las demás señoritas. Ella, simplemente no dijo nada y siguió su camino.

Al otro día, ya en el colegio, sonó la campana, Emma entró a la sala, se sentó en el lugar de siempre y sus compañeros empezaron a tirarle papeles. Ella simplemente no hizo caso, pero muy dentro sentía un dolor profundo. De pronto, llegó la maestra y los alumnos dejaron de molestar.

La maestra no se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo. Horas después terminó la clase.

Emma regresó a su casa, se encerró en su habitación, tomó un cuaderno y un lápiz; al rato empezó escribir cómo le había ido en el colegio, lo mal que sus compañeros la trataban. Pasó un rato, su madre golpeó la puerta y le avisó que la cena estaba lista y le indicó que se acercara a cenar. Ella contestó que no tenía hambre, que estaba cansada, que prefería descansar. La madre no dijo nada, pero le llamó la atención esa actitud de su hija.

La madre se alejó del cuarto y fue a cenar. Allí el padre preguntó por qué Emma no fue a cenar con ellos. Su esposa le respondió que su hija prefería descansar y no tenía apetito. Pensaron que estaba bien, que descansa.

Al día siguiente Emma despertó tarde. Esto también llamó la atención de su madre, ya que se había acostado temprano. Emma mintió a su madre diciendo que luego de haber descansado esa noche, despertó y recordó que tenía una tarea pendiente y se pasó toda la noche haciéndola. Por esa razón se despertó tarde.

La madre no le creyó, pero fingió haberle creído y fue a preparar el desayuno. Mientras tanto, Emma estaba sentada en la sala con un

cuaderno y un lápiz en la mano. Media horas después el desayuno ya estaba listo.

Cuando terminaron de desayunar, Emma se preparó para ir al colegio, intentó mantener una mente positiva y se dijo a sí misma que no iba a temer y que cada día iba a ser distinto, pero todo esto volvió a cambiar al llegar al colegio y ver a todos sus compañeros nuevamente burlándose de ella.

Pasaron varios días y nada cambió, los insultos y los maltratos seguían creciendo, hasta que llegó al punto de no querer comer más. Cada dolor que sentía lo iba escribiendo en su cuaderno.

En una ocasión, Emma se encontraba en el receso sentada en un rincón, apartada de todos como siempre, cuando de pronto se le acercó un joven. Ella se sorprendió al verlo, ya que en alguna ocasión se habían cruzado, y recordó que el chico le había hablado. Emma quiso alejarse, pero él insistió en que se quedara. Entonces, decidió quedarse, él la miró y preguntó cómo se sentía. Ella contestó que bien, pero bajó su mirada al suelo. Entonces él le dijo que no mienta y que ya no siga ocultando su dolor. Emma lloró, y dijo al joven:

- No has pasado por lo que yo pasé, nadie se da cuenta de que estoy verdaderamente dolida, ya no aguanto tantos maltratos, tan solo por ser diferente.

Con cierto cariño y aprecio, el joven le dice:

- Te entiendo, pasé lo mismo en mi anterior colegio - en ese instante hubo un total silencio de parte de los dos y una lágrima se dibujó en el rostro de aquel joven, quien extendió su brazo y al mismo tiempo expresó:

- Ya no ya no estás sola, yo he sufrido mucho al igual que tú y no voy a dejarte sola. Si me permites, quiero ser tu amigo.

Emma lloró y aceptó. Le dijo al joven que se sintió conmovida al encontrar un joven con quien compartir su pena y su forma de ser. Regresó a su casa llorando. Se echó en los brazos de su madre, quien le preguntó qué le había pasado.

Ella cuenta que no se siente a gusto en el colegio. Que todos los compañeros la rechazan por su forma de ser y actuar, por ser distinta a la mayoría de sus compañeras... Que había mentido muchas veces para no preocuparla.

La madre también lloró y le dijo que ya había notado que le pasaba algo, pero no quiso alarmarse. Le asegura que visitará el colegio y que conversará con el director, la profesora y con sus compañeros.

Así fue, al siguiente día fueron juntas al colegio, contaron lo sucedido al director, a los docentes. Los mismos quedaron sorprendidos porque la joven nunca había contado nada.

Al día siguiente en el colegio, el director fue a la sala y le dijo a la maestra que Emma sufría de bullying por parte de sus compañeros. La maestra propuso hablar con los alumnos para que le expliquen por qué la maltrataban. La mayoría respondió que no la querían por ser diferente, pero aquel joven amigo de Emma dijo que él la quería porque pudo entender su dolor, ya que él pasó por lo mismo. Entre llantos, Emma y el joven se abrazaron. Los compañeros conmovidos y arrepentidos, pidieron disculpas. Desde aquel día todo cambió para bien. La joven fue aceptada, querida y el joven siempre permaneció a su lado.

8. HASTA EL FINAL

Marta Ylem Ayelen Wasmuth Miette, Bella Vista, Itapúa

Ella clavó sus uñas en la palma de su mano para mitigar el dolor. Un sudor espeso y frío bajó por su columna vertebral mientras un escalofrío recorría su cuerpo. Sus ojos vagaron por la insípida habitación del hospital, en cuyas paredes colgaban cuadros con patéticas frases de autoayuda. Centró su atención en la ventana que daba al pequeño parque del nosocomio. Allí jugaban y reían al menos media docena de niños, pero la distracción terminó cuando una nueva punzada partió desde el dorso de su mano, donde tenía clavada una vía que le suministraba grandes cantidades de citarabina. Le habían diagnosticado leucemia unas semanas atrás. Aún no se había acostumbrado a su nueva vida, no podía encontrar una explicación, tampoco una salida. Y dolía, le rompía el corazón ver a sus padres sufrir porque su única hija estaba en estado crítico... dejar sus estudios y a su prometido porque no quería hacerlo partícipe de su decadencia. Sobre todo dolía ser consciente de que no era lo suficientemente valiente como para soñar con un futuro.

La puerta se abrió con un quejido, dejando ver una mata de pelo castaño tras la cual emergió una mujer de mediana edad y gesto afable, poseedora de una gran sonrisa, más tranquilizadora que los dichosos cuadros.

- Buenos días – saludó y tomó asiento en el pequeño sofá ubicado a medio metro de su silla reclinable - Mi nombre es Anabela, soy la psicóloga de turno.

En ese momento Sofía quiso ocultarse dentro de un armario, lo que menos necesitaba era que alguien volviera a impartir ese ridículo discurso de que debía luchar y convertirse en una guerrera.

- Estuve estudiando tu caso - continuó la mujer - también he hablado con tus padres, están muy preocupados por tu actitud, tienen miedo de que te dejes vencer, cariño.

Cerró los ojos para frenar las lágrimas que picaban sus ojos. Sus padres tenían ya demasiadas preocupaciones y una cuenta elevada en el hospital.

- No deberían preocuparse, estoy bien.
- Eso no es verdad y lo sabes - afirmó Anabela con una voz cargada de condescendencia - entienden que te tomes un año sabático en la

universidad pero no había motivos para romper tu compromiso con Antonio.

- No quiero que me vea así - admitió con la mirada triste, perdida - quiero que me recuerde llena de vida y no demacrada, sin cabello alguno, ni fuerzas. Prefiero seguir siendo la chica de la que se enamoró, al menos en su memoria.

- Aunque no lo creas, te entiendo perfectamente - bajó la vista al solitario de bronce que decoraba su dedo anular - me recuerdas mucho a mí cuando tenía tu edad, sólo que en mi caso yo estaba en el lugar se tu prometido. Eric y yo nos conocimos durante un partido de fútbol, apenas éramos unos niños, yo tenía nueve y él, diez. Se acababa de mudar a la ciudad y nos volvimos inseparables, fuimos a la misma escuela, al mismo colegio y la misma universidad. Incluso tomamos un par de clases juntos, compartíamos algunos gustos y diferimos en otros; siempre supe que él era mi otra mitad, mi complemento, jamás concebimos la vida el uno sin el otro porque siempre estuvimos juntos. Me pidió que sea su esposa una calurosa tarde de diciembre frente a la virgen de Itacúa. Fijamos la fecha para el 10 de agosto, pero en abril empezó a enfermar, fueron pequeños síntomas que ignoró creyendo que eran causados por el estrés del doctorado y la boda. Todo cambió cuando sufrió un desmayo durante una clase y terminó en el hospital, fue su último día en un salón. Durante la

tomografía descubrieron que tenía un tumor alojado en el cerebro, fue demasiado duro aceptar que a pesar de la operación a la que se tuvo que someter, el cáncer no cedía; volvía a aparecer una y otra vez. Lo vi consumirse frente a mis ojos, pasó de ser mi chico de acero, terco y protector, a ser un hombre que lloraba de impotencia al verse ante la muerte. Pero jamás, jamás podría arrepentirme de haber vivido esos últimos meses junto a él, porque pude absorber cada momento a su lado, en ese momento casi catártico. Pude ser partícipe de sus últimas sonrisas, sus últimas miradas y sus últimas palabras. Nos casamos sólo tres días antes de su muerte, frente a Dios y nuestros padres. En ese momento se unieron también nuestras almas. Estoy segura de que aún está conmigo porque siempre ha sido así. Si tuviera que vivir todo eso de nuevo sólo para alargar el tiempo a su lado, lo haría sin pensarlo y estoy segura de que tu prometido estaría encantado de luchar junto a ti. Eres quien elige como enfrentar esta batalla. Si quieres hacerlo sola es tu decisión, pero creo que él también está en su derecho de elegir si acompañarte o no en esto - dirigió una mirada a la puerta que empezaba a abrirse - Todos merecemos la oportunidad de ser felices, no dejes que la enfermedad te robe esto.

Se levantó y terminó de abrir la puerta dejando en evidencia al joven que estaba escuchando a hurtadillas, tenía los ojos húmedos y lucía nervioso.

La psicóloga saludó con un asentimiento, rezando para que sus palabras hayan tocado el corazón de esa niña. No había en el mundo un motivo más fuerte que el amor, que aunque no lo solucionaba todo, al menos hacía más ligero el andar. Y ella lo necesitaría, pues el camino era largo y repleto de contratiempos.

Él se acercó hasta la silla sin atreverse a mirarla. No podría soportar ver rechazo en sus ojos. Cuando llegó hasta la silla donde estaba recostada se dejó caer de rodillas a su lado, tomó su pequeña mano helada y besó sus nudillos, levantó la vista cuando sintió la trémula caricia de su otra mano en su cabello, sonrió derramando algunas lágrimas al verla tan pálida y frágil. Su princesa siempre sería hermosa. Llevó una mano hasta su bolsillo del que extrajo un anillo de compromiso clásico y sencillo, como ella. Sin mediar palabra lo introdujo en su dedo anular, donde pertenecía, sellando el compromiso con un beso. El tiempo que les quedaba juntos era indescifrable; podrían ser días, meses o años pero todo se resumía en momentos, pequeñas fracciones de luz que debían aprovechar antes de que vuelvan a extinguirse, porque todo en esta vida es relativo y cambiante, depende de cada uno tomar lo que ella nos ofrece o encerrarnos en el miedo sin tomar absolutamente nada.

9. LA CIUDAD DE LOS CONTRASTES

Stefan Aguilera, Asunción

Llegamos hasta aquí caminando, pues los estacionamientos son muy pequeños para la carreta y los bueyes se pusieron muy nerviosos ante la explosión de sonidos y movimiento.

Mi papá la llama con orgullo burlón: «La ciudad.»

Es la primera vez que estoy en un lugar así, el cambio entre el campo y este mundo desconocido fue tan radical y repentino que sentí vértigo y un retorcijón en el estómago.

Es un lugar increíble, tan grande, que la vista no puede abarcarlo todo a la vez, tan lleno de maravillas que la mente no puede procesar en su totalidad la infinidad de detalles que en ella rebosan.

La ciudad.

Ni siquiera puedo creer que esto estuvo aquí todo este tiempo. ¿Cómo nunca lo supe? ¿Cómo no he oído de ella nada más que balbuceos acallados entre los chiquillos? ¿Cómo pudo ocultarse de mí durante tantos años?

«Pero ahora estoy aquí –me digo-. Eso es lo importante». Tal vez mi papá tenía en mente que aún no estaba preparado para ver esto, que sería demasiado para mí. Pero ahora sí.

Una ráfaga de orgullo me estremece de pies a cabeza. Si es así, mi padre debe creer que ya soy lo suficientemente mayor, que estoy preparado, que estoy dejando atrás la niñez para convertirme en un hombre hecho y derecho, un adulto.

El paseo se pone aún mejor.

—*Eju*— me invita mi padre, adentrándose más en la jungla sin árboles.

Para no quedarme atrás me apresuro a seguirlo, sin apartar la vista de todo lo que me rodea.

Las casas son gigantescas y demasiado altas para ser útiles. ¿De qué sirve un techo tan alto si difícilmente una persona alcanza los dos metros? O tal vez son muchas casas encimadas, pero ¿cómo subirán hasta arriba? ¿Y dónde estarán los jardines?

Las carretas son extrañas también. Tienen cuatro ruedas pequeñas; son de colores extraños y no sé en dónde se ocultan los bueyes, tal vez adentro, aunque se estarán asfixiando, pues están cubiertas por lata,

como uno de esos tanques de agua que trajeron años atrás a nuestra aldea, y parecen brillar.

Y hay mucha gente, más de la que he visto a lo largo de toda mi vida. Al principio creí que me sentiría algo tímido, pero no es así. Son solo personas.

Seguimos caminando y entonces pasamos junto a un gran predio enrejado y me pregunto si este será Tacumbú. Concuerda exactamente con la descripción que mi padre había hecho de ella cuando me dijo que a ese lugar me llevarían como al tío Juancho si me portaba mal. Mi padre la señala diciéndome que es una de las escuelas más grandes de la ciudad. Y tiene sentido que sea una escuela especial, así me enseñarían a portarme bien.

Asiento maravillado y lo sigo, luego de asegurarme de que el tío Juancho no esté en el patio, para poder saludarlo.

De pronto, mi padre se detiene, se vuelve hacia mí con un brillo extraño en los ojos y luego de hacer un guiño se echa a correr entre carcajadas. La gente que hay a nuestro alrededor simplemente sigue caminando, como si estuviese acostumbrada a cosas como esa o ni siquiera lo estuviese viendo. El desconcierto deja lugar al hecho de que si no me

apresuro me quedaré solo en medio de ese lugar, así que lo sigo con zancadas rápidas hasta frente a un local donde se ha detenido.

Con una sonrisa me invita a entrar y observo maravillado todo lo que hay, a todas las personas que ríen y conversan sin preocupaciones y sin tristeza. Una amable mujer nos sirve dos recipientes con sendas cucharas de plástico azul. Nos sentamos y mi papá ataca sin esperar el contenido, que parece ser comestible. Recién entonces me doy el tiempo de observar lo que sostengo y le doy una pequeña probada. Al mirarlo no parece tener nada especial pero al entrar en contacto con mi boca... ¡Frío, y qué delicia! Es casi tan sabroso como la comida que mi mamá preparaba, aunque no se acerca para nada a sus amorosas caricias, caricias que nunca olvidaré.

Mi papá observa divertido mi expresión y responde «amandau» a mi mirada inquisitiva. Y esto es increíble, parece imposible. Que esté frío tiene sentido, pero... ¡tantos sabores y tan apetitosos! Tendré que probarlo al llegar a casa.

Abandonamos el local y el *amandau* parece habernos levantado el ánimo porque reanudamos la caminata con renovadas fuerzas, y en cierto modo se ha roto el hielo. Hablar resulta más fácil.

El paseo transcurre lentamente. Mi papá me indica las cosas más llamativas y una tenue sonrisa le ilumina el rostro al ver mi expresión de asombro e incredulidad, que cada vez es más visible. Luces de todos los colores, música en cada esquina, locales de todo lo que podría imaginarme. ¡Este es el mundo!

Pero... No, no lo sé. Hay algo que falta, hay algo que no está del todo bien.

Tal vez todo esto sea maravilloso, y ciertamente lo es, pero no parece real, no parece que las personas estén realmente aquí. Donde comimos el manjar las personas reían y charlaban, pero aquí afuera es diferente, es como si nadie fuese consciente de todo lo que le rodea. Todos caminan a paso rápido, encogidos y mirando al suelo, como si temieran algo. Tampoco pasaron desapercibidos los callejones oscuros donde personas de aspecto peligroso permanecen quietas y en silencio; tampoco los grupos de personas pálidas y de ojos vacíos, niños incluso, sosteniendo latas junto a sus narices, o haciendo eses mientras caminan. Es un contraste abrupto entre los coloridos locales y aquellas escenas sombrías, y a pocos pasos unos de otros. Y nadie parece darse cuenta.

Sí, me encantó todo lo que vi hasta ahora, pero esta nueva capa en la pintura me deja un sabor amargo en la boca. ¿Por qué tiene que ser así si

todo puede ser tan perfecto? ¿Por qué esa gente hace lo que hace? ¿Por qué?

Desearía poder hacer algo, ayudarlos tal vez, pero me siento impotente. No sé qué podría hacer, no es trabajo para uno solo.

Lanzo un quedo suspiro. Empapado en blanco y negro, una sensación de que debo estar agradecido me invade. Soy muy afortunado. Los habitantes de este lugar no podrían compartir como lo hacemos en la aldea, parecen distanciados y encerrados en sus propios mundos. Aquí pueden tener cosas con las que entretenerse hasta hartarse pero mientras no intenten cambiar seguirán vacíos, y a mí me encanta estar lleno, lleno de amor y amistad, de naturaleza y de experiencias únicas. Me encanta quién soy y de dónde soy. No cambiaré eso, nunca; pero algún día cambiaré este lugar. Cambiaremos este lugar.

—Pa, *jahakuaa jey hógape?*

Mi papá se vuelve hacia mí, sonrío, y sus ojos se dulcifican al responder:

—*Jaha.*

10. LA DAMA AMANDA

Jazmín Sosa Barboza, Encarnación

Paula tenía 21 años y un corazón bohemio, que contradictoriamente parecía buscar y huir del amor. Se mostraba distante y tímida a los ojos de las personas, lo que muchas veces la hacía parecer apática y fría. Ella en cambio, tenía un alma sensible, ardiente y noble. El prejuicio ajeno no siempre nos define, pero casi siempre nos moldea y enmarca quienes somos en muchas ocasiones. Su verdadera personalidad era visible claro está, a las personas que ella dejaba que compartieran a su lado el camino de la vida, y es que verdaderamente le costaba un poco desarrollar vínculos sociales, pero tenía buen corazón.

Paula no tuvo la suerte de vivir y disfrutar a sus abuelos, razón por la cual sentía la motivación de verter un poco de amor, en la solitaria existencia de las almas en las que veía el reflejo de sus ancestros. Por aquellos años, haciendo uso de la energía que la invadía, y habiendo encontrado la vocación del servicio, visitaba asiduamente un asilo de ancianos, lo que la conectaba empáticamente con «*sus viejitos*», y llenaba del amor más puro su corazón.

Su viejito preferido, Don Joaquín Saravia – *el Joaco* –, como ella le decía, le recordaba mucho a su padre. Era un ex militar de 72 años, que había quedado ciego hacía algún tiempo, de la vista y como todo adulto, de tantas otras cosas. Sus familiares parecían evitarlo, lo que reforzaba en él la necesidad de ser escuchado, comprendido y querido. Se enamoró de Paula desde su primera visita, “*como se enamoran las almas tristes, con apenas un gesto amable*”. Ella se había vuelto su compañera, su amiga, y en una de sus charlas le confesó que siendo joven y estando comprometido, se había enamorado de una mujer casada y diez años mayor que él. Fue un amor intenso, muy ardiente, tiernamente torpe y desmedido, de esos que se viven una sola vez. Tanto así, que nunca la pudo olvidar. La había eternizado secretamente en su memoria para siempre.

Las enfermeras del asilo estimaban mucho a Paula. Solían decir que en cada visita, ella sabía qué alma llenar con destellos de luz. Las maneras de hacerlo eran según los demandantes: les cantaba, les leía, les escuchaba; compartía sus ratos de sol y sus ratos de silencio; intercambiaba anécdotas y llegó incluso a compartir bailes con aquellos a los que todavía les daba el espíritu y claro, el cuerpo. Y es que hay mil formas de decir: estoy aquí, y te quiero.

“Qué lindo es quererte bien” y “Te quiero” – eran palabras que a menudo escuchabas de su boca. Ella daba valor a estas frases y, por si fuera poco, lo redundaba con su mirada.

Una tarde, Paula llegó al asilo y no habiendo encontrado al “Joaco” en su habitación, se dirigió al jardín. Las enfermeras le informaron que se andaba comportando de manera extraña en los últimos días y que su único deseo era salir al sol junto con los demás huéspedes. Este cambio la intrigó de sobremanera, puesto que él nunca salía a solearse sin que ella lo animara a hacerlo.

- Me han contado de ti, que andas muy de exteriores, ¿Podría preguntar a qué se debe? – le dijo, sorprendiéndolo por la espalda con un cálido abrazo.
- ¡Oh mi niña!, te he esperado impaciente todos estos días para contártelo.
- Bueno pues, cuéntame lo que ocurre.
- ¡Está aquí! ¡Mi Dama, mi bien! La he oído hablar el otro día. Sé que no fue un sueño. Mi corazón débil y cobarde, estuvo torturado todo este tiempo. Pero estoy seguro, es Amanda. ¡Es ella!

Paula no podía creer tal giro del destino. El Joaco y la Dama Amanda, habían dejado de verse cuando ella partió intempestivamente sin despedirse y, aunque él intentó hallarla cientos de veces, jamás lo logró.

- ¡Si dices que está aquí, iré ahora mismo a buscarla! –le dijo Paula.
- Paulita de mi vida, nada me haría más feliz.

Presurosa, Paula fue a averiguar si había llegado alguna residente nueva al asilo en los últimos días y le informaron que efectivamente, así era. La nueva huésped sufría de Alzheimer y se había olvidado de los suyos por completo. Estaba entregada y débil, en la habitación A6.

Se dirigió al jardín y no consiguió ver al Joaco por ninguna parte. Lo encontró en su habitación, aseado y fragante.

- ¡Pude hallarla! Tenías razón, ella está aquí. Pero te lo advierto, su memoria sucumbió al paso del tiempo.

El suspiró angustioso y dijo:

- Aun así, deseo fervientemente ir a su encuentro.

Se dirigieron juntos a la habitación A6, donde la encontraron postrada en su lecho.

A primera vista impactaban “*los preciosos ojos verdes*” que eran como él los había descrito, y un mechón de cabello color plata que le caía sobre la sien, lo cual la hacía ver encantadora, a pesar de su condición.

Joaquín caminó a tientas hasta donde ella, buscó su mano y urgente le dijo:

- Te amo Amanda, mi Dama, mi eterno amor.
- ¿Quién eres? –dijo ella
- Joaquín, tu amor de contrabando.
- ¿Te conozco?
- En efecto, y más de lo que acaso puedas recordar.
- ¿Cómo dices conocerme, si ni siquiera abres a los ojos para verme?
- No serviría de nada, estoy ciego hace ya mucho tiempo. Pero eso no importa, porque no impidió que te haya amado todas las noches desde el día en que partiste. Y hasta la luna, que solía ser nuestra cómplice, se volvió ingrata, porque nada quiso decirme de tu destino. Te extraña inefablemente.
- Yo creo en tu amor – dijo Amanda sin soltar su mano– y por eso quiero darte un regalo.

En ese momento el tiempo pareció enloquecer, y Paula pudo ver como sus cuerpos se volvían jóvenes de nuevo, una extraña y potente luz de jade inundo por completo la habitación, dejándola sumida en un sueño inesperado y profundo, donde pudo ser testigo de la grandiosa historia de amor vivida por Joaquín y Amanda.

Al salir del trance, parecía que todo había vuelto a la normalidad, pero se dio cuenta de que no era así al escuchar al Joaco diciendo:

- ¡Dichosos mi ojos que vuelven a verte! Puedo ver nuevamente y ¡estás hermosa, como te recordaba amor mío!

La Dama Amanda exhaló un largo suspiro con su último aliento de vida y comenzó su viaje hacia la bóveda celeste, cerrando los ojos color esmeralda que Joaquín tanto había amado.

Epílogo:

Paula siguió visitando a su viejito hasta el último día.

Juntos pudieron admirar las bellezas de las inigualables maravillas que les regalaba el Universo. Ellos habían sido testigos del misterio del amor, del milagro, de su fuerza poderosa, capaz de trascender todo

entendimiento, y comprendieron que si se cree, nada es imposible a los ojos del amor.

11. LA FILLE DU PONT

María Jazmín Barreto Pereira, Encarnación

Nada hacía a esta noche diferente a otras. Era fría como todos los crepúsculos invernales. El día en el trabajo fue pesado. Estaba cansado de las insinuaciones de mi compañera de trabajo, Yanine, la cual no paraba de coquetearme desde la noche en la que salimos. Fue sólo una vez, sin compromisos.

Necesitaba relajarme un poco y sabía que no debería fumar, pero me urgía hacerlo. Tomé las llaves del departamento, el paquete de Gauloises, me puse una chaqueta negra de cuero y salí a las gélidas calles de la emblemática Toulouse de Francia. La niebla espesa disminuía la visibilidad. Yo era el único individuo que se encontraba caminando por las aceras y eso me hizo sentir más a gusto, disfrutaba de la soledad y el silencio; encendí un pitillo y caminé sin rumbo definido.

Pensaba en mi vida, lo que fue, lo que es y lo que posiblemente será. No me arrepentía de lo que hice, todo lo contrario, con treinta años tenía una historia bien forjada. No tenía hijos, aunque la verdad, tampoco me hubiera molestado si alguna vez a mi vida hubiese llegado un pequeño

ser. Pero estaba bien con esto, no había nada que me atase a nada y gracias a mi trabajo bien remunerado, podía darme los lujos que quisiera. Tenía un departamento en el centro mismo de la ciudad, una Harley Davidson y un Audi A3.

Era consciente de lo atractivo que resultaba para las féminas y cuando me sentía atraído por alguna, utilizaba eso a mi favor. Tenía una estatura considerable, unos músculos bien definidos debido a la constante actividad física que realizaba para participar en las competencias de atletismo que se realizaban unas tres veces al año.

Me encontraba cerca del Pont Neuf, el puente en arco más antiguo de la ciudad luego del Pont Tounis. La temperatura había descendido gradualmente a medida que me acercaba a la costa; no obstante, la frescura me brindaba paz y tranquilidad.

Animé a mis pies a seguir caminando por la vía para transeúntes del puente y a unos veinte metros aproximadamente, distinguí una figura borrosa apoyada peligrosamente en el barandal. Acabé el cigarrillo y continué mi andar, cuando llegué al lugar donde observé la figura, noté que era una chica y que sus hombros se convulsionan con pequeños espasmos.

- *Salut? (¿Hola?)* – dije, algo incómodo por interrumpir - *Ça va bien? (¿Está bien?)*

La mujer inspiró al tiempo que se secó los ojos con el dorso de la mano y se volteó en mi dirección.

- Hola. No – respondió en español y con voz rasposa.

De manera inconsciente me rasqué el cuello. La pregunta, básicamente, fue retórica, para dar comienzo a un diálogo y la planteé por pura cordialidad. No esperaba una respuesta sincera de parte de una extraña en la mitad de la noche. Metí las manos en los bolsillos del jean y extraje de ellos el paquete de cigarrillos.

- ¿Gustas? – le ofrecí.

Me miró inexpresiva y extendió el brazo para cogerlo mientras le brindaba la llama de mi encendedor. Apoyé mi cuerpo contra la barandilla, dando la espalda al torrente de agua que discurría por debajo de nosotros y la miré.

- ¿Puedo preguntarte qué haces sola, sentada en la baranda de un puente desierto con este frío polar?

Sonrió cuando terminé de formular la pregunta... una sonrisa rota, la cual me hizo sentir aflicción... extraño.

- Ya lo hiciste – contestó balanceando las piernas - y la respuesta es nada, no hago nada.

Mantuve el silencio mientras el cigarrillo se consumía en sus labios y me dediqué a observarla. Era bonita, tenía unos rasgos finos y delicados, sus labios eran de igual modo finos; además sus párpados estaban adornados con largas y negras pestañas. La oscuridad era en parte abrumadora, pero la luz proveniente de la luna se filtró por entre las nubes dando una ilusión lúgubre y preciosa al ambiente.

Fijé la mirada en sus ojos cuando ella hizo lo mismo y los aprecié grises, como las nubes antes de una tormenta.

Vestía con un pantalón de color oscuro, unas botas color crema y un abrigo con capucha en negro.

- ¿Cuál es tu filosofía sobre la vida? – me preguntó de repente. Carraspeé y me predispuse a contestar.
- Bueno, sobre la vida... Es un tema bastante profundo... buena elección para las 2:05 am – dije luego de revisar mi reloj pulsera-.

Veamos, la vida para mí es todo momento en el que nos sentimos vivos. Es diferente “andar por la vida” que “vivir la vida”, en el primer caso esperamos que las cosas nos sucedan y en el segundo, hacemos que pasen. Son pocas las veces en las que realmente vivimos, creo que el resto del tiempo nos dedicamos simplemente a sobrevivir.

Permaneció en silencio, ensimismada y con la mirada perdida hacia el frente, aunque no pasó demasiado tiempo hasta que se repuso y preguntó:

- ¿Y de la muerte? ¿Qué piensas de la muerte?

Su voz poseía un tono extasiado. Sus ojos perforaron a los míos con ansias, como si mi respuesta fuera el secreto que tanto anhelaba oír.

- La muerte y la vida son como dos caras de una misma moneda. No hay vida sin muerte ni muerte sin vida. Nacemos y debemos morir alguna vez. Para mí, la muerte es simplemente lo que le sigue a la vida, no creo fervientemente en el paraíso que pintan la mayoría de las religiones o en el infierno, aunque supongo que existen de algún modo, como dije anteriormente, en los momentos en los que vivimos y sobrevivimos. Sostengo que durante el tiempo en el cual “hemos muerto”, existe un proceso que nos hace volver a la vida,

probablemente con una nueva identidad, género o forma, es decir que en cierto punto, volvemos a ser partícipes de la vida tal y como la conocemos.

- Y suponiendo que sea de ese modo, durante el tiempo en el cual morimos y antes de volver a la vida, ¿Dónde estamos? ¿Qué hacemos?
- Opino que es ahí donde las presencias fantasmales, almas en penas o como prefieras llamarlas, entran en acción. Vagamos alrededor de las personas, lugares o cosas en los cuales, o pasamos gran parte de nuestra vida o donde en alguna circunstancia hemos sentido a la vida dentro de nosotros. Sabes, Shakespeare menciona en una frase de su obra Hamlet: “*Ser o no ser, he ahí el dilema*”. Pienso que su sentencia nos muestra la angustia que sentía él al razonar sobre la fragilidad de la vida terrenal del ser humano, que en un momento podía estar con ella y al siguiente, no. En nuestro fuero interno, todos tenemos cierto temor a lo que sucederá luego de que nuestros ojos se cierren completamente. Algo descubierto hace mucho tiempo atrás es la Ley de Lavoisier, en la cual se afirma “*En la naturaleza nada se pierde, todo se transforma*” Así mismo, en relatos de Platón, nos encontramos con aquella ocasión en la cual él hace que le

pregunten a Sócrates: “¿De dónde nacen los vivos?” Y este le responde preguntando a su vez: “¿De dónde nacen los muertos?” Los muertos nacen de los vivos, y los vivos de los muertos. ¿No te parece increíble la similitud entre los pensamientos de estas personas, nacidas con más de cien años de diferencia?

- Sí – respondió con una sonrisa sincera, resplandeciente, hermosa. Sus ojos me observaron con calidez haciendo del momento, uno algo embarazoso para mí.

- Por cierto, me llamo Marco – le dije luego de unos segundos.

- *Merci beaucoup, Marco. Je te dois mon moment de vie.* (Muchas gracias, Marco. Te debo mi instante de vida) – sonrió hasta con los ojos e impulsando su cuerpo hacia el barandal con un movimiento grácil, se lanzó al vacío y su figura rápidamente fue engullida por la bruma.

Me quedé estático hasta que mi cuerpo reaccionó y corrí hasta el muelle, a sabiendas de que ya era tarde. No podía ver nada. No sabía ni su nombre. Y ella se había lanzado.

- ¡Hey! - grité al abismo, angustiado, impotente, desesperado.

Sus últimas palabras flotaron en mi mente durante el resto de la madrugada impidiendo que pudiera conciliar el sueño, lo cual me mantuvo taciturno por el resto del día. No podía cerrar los ojos sin que su imagen acudiera a mi mente. ¿Por qué me cuestionaba?, ¿Qué le había pasado? ¿Por qué conmigo?

Los noticieros hablaban del hallazgo de un cuerpo femenino en el río. Simone – decían - se llamaba Simone.

Al día siguiente fui al entierro; mantuve mis distancias con el féretro. Unas cuantas personas lloraban y se lamentaban, otras tantas simplemente estaban paradas como estatuas al igual que yo. Permanecí allí hasta que la última carga de tierra rellenó el agujero.

Volví a casa derruido. No podía explicar el porqué de ese sentimiento. Ni siquiera la conocía, su nombre lo supe mediante el reportaje de los periodistas, apenas me dijo algo sobre sí o sobre lo que pensaba hacer. La habría detenido y habría buscado la manera de que se aferre a la vida. Era demasiado joven.

Je te dois mon moment de vie. ¿Qué quería decirme con eso?

Abrí la puerta de mi departamento y me congelé en la entrada. Allí estaba ella, sentada en mi sofá con la ropa que traía puesta la noche anterior. Allí estaba, mirándome con esos ojos grises tan particulares.

- Hola – dijo por lo bajo, pero la escuché.

- Simone – dije exhalando el aire de mis pulmones con fuerza. Se levantó y siguió observándome intensamente.

- Estoy muerta – murmura y luego soltó un suspiro - Yo te debo mi instante de vida. ¿Me creerías si te dijera que me sentí viva, en el último momento, antes de la muerte? Me hiciste “sentir la vida” – se acercó a mí, temerosa y besó con sus labios fantasmales, los míos. Cerré los ojos por impulso. Fue una sensación fuerte, superó la realidad. Cuando los abrí, ya no estaba, se había ido, como la noche previa y como todas las noches a partir de ella.

12. MENSAJERO

María Florencia Cristaldo Alegre, Encarnación

Una vez hubo una chica despistada y de corazón noble. La niña tenía un secreto que guardaba con mucho afán.

Todos los días, a cierta hora de la noche, la visitaba un joven ajeno a lo común con alas situadas a sus pies, la piel desvaída y el cabello negro, pero su característica más estrambótica eran sus enigmáticos ojos; eran de un hermoso azul con una nube verdosa a modo de pupila. Vestía de negro y usaba un sombrero de copa.

La menor no dejaba de preguntarse; "¿Cómo es que aquel extraño ser tenía alas en los tobillos?" Pero a pesar de eso y de lo poco común que sonase, se hicieron amigos.

El de vestiduras negras comentó su nombre: "Iwam". Todas las noches venía en busca de la niña para ofrecerle dar un paseo, pero por inseguridad decía siempre que no. Aun así, Iwam, paciente y esperanzado, se quedaba para oír las aventuras de la pequeña infante en la escuela. Sin embargo, nunca hablaba sobre él.

María era una niña de cuerpo esbelto, estatura más baja que el promedio, piel clara con dulces matices rosados y largo cabello castaño. Conversaba

todo lo que hacía durante el día; desde las parejas que se formaban en su escuela, hasta las flores que había recogido en el camino de vuelta.

Un día, se aventuró a preguntarle al joven sobre sus raíces, tema que hasta ahora María trató de no tocar.

— Iwam, sé que siempre me escuchas. Pero, por favor, responde mi pregunta, ¿de dónde vienes? — Dijo en apenas un susurro.

El alado, asombrado por la repentina pregunta, aunque esperando que algún día la pequeña soltara esas dudas, sonrió levemente y puso su mano en la cabeza de su compañera, acariciándola.

— De donde vengo, no hay gente como tú, pequeña María. Todos le dan más importancia a la raza y me escapo para poder estar contigo — dijo sonriente. La chica no pudo evitar mostrar un rostro de plena ternura.

— ¡Entonces, puedes venir todos los días que desees! — exclamó, alzando sus brazos vivazmente — ¿Podrías contarme más? Siempre me escuchas hablar y yo no sé nada sobre ti... — terminó la frase mostrándose algo bochornosa, bajando sus brazos para mirar fulminante al peculiar ser.

Iwam, divertido por las expresiones de la niña, comenzó a contarle un poco más sobre su procedencia.

— Yo, como la mayoría de mi especie, era un mensajero. Me encargaba de entregar mensajes a las personas en forma de

presentimientos o de recuerdos, fueran buenos o malos. Me había retirado de mi trabajo debido a que en el último tiempo, la entrega de los mensajes se había convertido en una guerra. Algunos habían llegado a matar para entregar los mensajes — comentó con semblante serio, era un tema que para él sonaba bastante delicado — Eso pasa porque, el ser mensajero, es la única forma de demostrar la superioridad de mi raza. Estúpido, ¿no? —Iwam simplemente terminó con una cara que denotaba ironía.

- Sobre todo triste... — Después de escuchar la historia, de los ojos de María solo fluían un mar de melancolía al pensar que seres tan fascinantes realizaban actos de matanza con la única misión de calmar la sed de superioridad. No podía imaginar como aquellos que vivían en comunidad podían terminar por traicionarse, incluso si alguna vez se hubieran considerado amigos. Para ella, matar a alguien es perder la condición humana. Iwam sonrió tristemente.
- Ciertamente... — Un suave suspiro se escapó de sus labios— Por eso detesto mi mundo y prefiero mil veces pasar mi tiempo contigo — Decía con palabras sinceras, desviando su mirar a la mano izquierda el cual tapaba con un guante.

- Entonces, ¿por qué no te quedas a vivir conmigo? — Ofreció, insistente con la mirada fija a los azules verdosos del alado, preocupada por quién había desarrollado un afecto especial.
- No tendrías que sufrir, yo te cuidaría... — Iwam embelesado por sus palabras, cerró los ojos. Esa niña era la única luz que tenía, dentro de un mundo sumido a la oscuridad.
- No sabes cuánto me gustaría, María... pero, no puedo. No quiero que por mi culpa algo te suceda — Se aproximó a la ventana de la habitación, observando la luna que velaba en silencio en el cielo.
- Bueno... — Era mejor no insistir. Sin embargo, le ilusionaba la idea de poder cuidarlo y estar con él cuanto tiempo quisiera—. Pero, prométeme que te cuidarás, así siempre podremos hablar... — Al terminar la oración extendió su meñique hacía el joven del sombrero.
- ¡Te lo prometo! — Sonriente, extendió su meñique, entrelazándolo con el de la pequeña para sellar el trato—. No importa lo que pase, siempre estaré a tu lado. — Terminó de recitar. Ahora, me tengo que ir. ¿Mañana a la misma hora? — Preguntó entre risas. No necesitaba una respuesta, ni siquiera preguntar. Sabía que siempre era bienvenido si estar al lado de María se trataba.

— Estaré esperando, así que, ¡no tardes! — Advirtió como despedida al joven, esperando ansiosa a que fuera otro día.

El joven de sombrero extendió sus largas alas blancas que finalizaban en hermosas plumas negras cual ónix en la profundidad de la tierra, ofreció una última sonrisa a su amiga y surcó el cielo. Tras aletear, dejó caer una de sus plumas en la habitación de María.

A la noche siguiente, a la misma hora, María se preparó para esperar a su querido amigo, pero él no llegaba. Resultaba extraño, Iwam siempre era puntual para visitarla.

Ella había recogido plumas del alado en la noche pasada, las atesoraba entre sus manos, pensando en él mientras miraba el reloj.

— Ya irá a llegar. — Repetía para no caer en los abrumadores pensamientos que rondaban por su mente. Pero, el tiempo pasaba e Iwam no llegaba.

Los segundos se hacían minutos y estos, horas. Luego de aquella tempestuosa espera, el chico se presentó. En ropas rasgadas, arañazos en varios lugares del cuerpo y el ala derecha muy dañada; la visión del joven resultaba deprimente.

— Disculpa la tardanza, María. — Dijo sonriendo, intentando no alarmar a su compañera y restarle importancia a sus heridas.

— ¡l... Iwam! ¿Qué sucedió? — Las persuasiones del alado fallaron. Al verlo, atinó a ayudarlo, asustada por el estado ajeno.

Busco su botiquín de primeros auxilios y sentó al chico cuidadosamente para no causarle más dolor.

- Por favor, quédate quieto — Susurró con un nudo en la garganta. No podía ver a una persona tan amable en un estado tan deplorable.
- Quería darte esto. — Del bolsillo de su traje extrajo una pequeña y bellísima esfera azulada que brillaba cual lucero — Es el recuerdo de cuando nos conocimos. Un mensajero pensó que era un mandado, y empezó a perseguirme con la intención de matarme y luego yo... — tragó saliva e inevitables lágrimas empezaron a fluir de sus esmeraldas. — Lo maté. ¡Lo maté por accidente! Yo no quería... no soy como esos salvajes... — decía ensimismado.

María amugó los ojos con pena al apreciar la lluvia en el rostro de su amigo. Extendió sus pequeñas manos hacia la pálida piel del mensajero y con cuidado limpió las lágrimas.

- Hablaremos de eso más tarde. Ahora, por favor, déjame curar las heridas. — Con sumo cuidado tomó la perla zafirina, agradecida por el gesto del joven, y la guardó dentro de una cajita de música que la tenía puesta sobre una mesita de luz.

Las heridas del joven eran profundas. Retiró el guante que cubría la mano del alado sin esperar un permiso y, al subir la manga de su capa negruzca,

se dio cuenta de que no era piel lo que había debajo, sino una prótesis de madera. La chica, bastante sorprendida, no preguntó. Sabía que debió ser doloroso y que de seguro, habría sido por culpa de aquella guerra que Iwam le había comentado la noche anterior. ¿Por qué dañaban a una persona tan buena?

- Iwam... — No alcanzó a pronunciar la oración completa y de inmediato fue interrumpida por el contrario.
- Mi padre.... — Dijo Iwam volviendo a ahogarse en lágrimas—. Era el asesino más grande entre mensajeros. Yo lo odiaba, pero él dijo que si quería ser alguien, debía matarlos a todos. Eso pensaba, hasta que te conocí. Tuve que pelear para enviarte un mensaje, que tu abuelita se había recuperado luego de casi morir... casi mato a mi contrincante, pero cuando te vi sonreír, supe que ese no era el camino correcto, que valía más la sonrisa de los humanos que la raza de uno. La noche siguiente te fui a visitar — recordó, añorando el recuerdo como si fuera ayer cuando por primera vez sus miradas se entrecruzaron. Una mirada solitaria y otra con un cariño inocente para dar — Pero, no soy mejor que ellos... soy un asesino — sentenció. María, habiendo terminado de vendar las heridas del alado, acercó su mano con mucho cuidado al rostro del chico y le limpió nuevamente sus lágrimas.

- No llores, sé que tú no eres igual a ellos. ¿Crees que algún otro mensajero se habría fijado en la sonrisa de un ser humano? O, ¿se sentiría culpable? Creo que no. —Tomó la blanquecina mano adversa con fuerza—. Tampoco hubieras conversado conmigo si hubieras sido como ellos. No estarías llorando si hubieras sido como ellos. No estarías arrepentido...

Iwam quedó conmovido. Reconocía que María podría llegar a ser una persona inmarcesible.

- Es verdad... Si hubiera sido como ellos, no estaría sintiendo todo aquello. — Observando la mano de su salvadora sobre la suya, procedió a tomarla con la misma fuerza, mirándola intensamente.
- Ahora, vas a descansar... — Más que una recomendación fue una orden con el objeto de cambiar el giro de la conversación — Y no debes hacer mucho esfuerzo.

Iwam se quitó el sombrero para recostarse en el suelo alfombrado de la habitación de la pequeña. Su cabello negro y liso quedó por completo a la vista, siendo admirado por los ojos cafés de María.

- Como usted diga, dama mía. — De a poco, los párpados del mensajero fueron cayendo como persianas al cabo del día, dejándose llevar por el sueño que le invadía. La chica se quedó

observándolo ensimismada, velando su sueño, hasta que terminó por caer también en brazos de Morfeo.

Llegando la mañana, con el radiante sol, María despertó al par que se restregaba los ojos somnolientos. Se percató de la mirada de Iwam que, al parecer, ya llevaba despierto unos cuantos minutos. Él la miraba sonriente mientras mantenía posición de reposo. Sin embargo, algo no andaba muy bien. Se acercó al muchacho mientras acomodaba su cabello castaño, que con rebeldía de había emporrado.

- ¿Sucede algo?
- Esto es lo que pasa cuando mi gente recibe la luz del sol... — Poco a poco, desde sus pies, Iwam iba convirtiéndose en pequeñas plumas negras y blancas — Solo agradezco... que fue junto a ti — su semblante no transmitía temor, tampoco tristeza, solamente una expresión pacífica y una sonrisa de inmenso agradecimiento.
- ¡Prometiste que hablaríamos siempre! — Las palabras de María sonaban cada vez más atropelladas, luchaba arduamente contra el nudo en su garganta y la angustia por perder a su único amigo; pero inevitablemente, los intensos sentimientos hacían fluir lágrimas traicioneras que surcaban su rostro. Iwam besó su frente.

— Perdóname. No pude cumplir mi promesa... — Las lágrimas no tardaron en inundar los sublimes ojos azules, igualando a carámbanos derritiéndose tras la llegada de la primavera—. Pero, prométeme que no me olvidarás...

María se lanzó a abrazarlo y, a pesar de las lágrimas, se forzó a sonreír manteniendo su inmarcesible personalidad.

— ¡Nunca lo haría! Tú tampoco nunca me olvides... Esta será nuestra última promesa — A duras penas recitó. Ya las palabras resbalaban su garganta al querer inútilmente salir.

— Así será... Y muchas gracias — Fueron sus últimas palabras antes de convertirse en totalidad en bellas plumas, las cuales suavemente se iban con el viento, esparciéndose por todo el cielo diurno, bañados por el inalcanzable sol que tristemente observaba la escena en silencio sepulcral en honor al caído.

María solo pudo verlas danzar al son del viento a través de la abertura que siempre había estado abierta exclusivamente para él, mientras soltaba todo el llanto que había intentado reprimir inútilmente; la tristeza llenaba su alma. Buscó la esfera de cristal que el alado le había obsequiado la noche anterior y se aferró a ella con tanto anhelo, como si con eso se enganchara a sus felices recuerdos, de esas noches en que la felicidad invadía su habitación.

Su mundo se ha vuelto gris.

Los años pasaron y la pequeña, ahora una mujer, nunca olvidó a aquel joven, que fue su primer y mejor amigo. La dejó marcada. María aún conservaba la esfera de cristal de un despampanante zafiro y la única pluma que quedó tras su partida, todo en la cajita de música. Ella se encontraba mirando el amplio cielo desde el ventanal, el mismo por el que grácilmente salieron volando las plumas en las que se convirtió Iwam.

En el alféizar, frente a su persona, en un misterioso pajarillo de una peculiar belleza; de blancas alas con la punta ennegrecida, ese negro tan exclusivo, profundo y cautivador del color del ónix. Su ala derecha estaba lastimada. María, extrañada, se acercó a examinarlo, para cuidarlo como siempre hacía con las aves lastimadas, abrió la ventana y el pajarillo, con total confianza se aproximó a ella, lo cual realmente la dejó sorprendida. Al mirar más de cerca, se dio cuenta que en su patita había una nota, que la dejó sin aliento: *"No importa lo que pase, siempre estaré a tu lado"*.

13. AQUELLOS OJOS MARRONES

Verónica Krause, Hohenau

Las calles frías esa noche estaban más vacías que de costumbre y los pocos plebeyos de la sociedad sin un techo donde resguardarse, lamentaban su suerte por seguir vivos. Muchos aún tenían algunos abrigos, otros se acurrucaban entre las paredes de las cálidas casas, deseando una chimenea como la que se encontraba en cada vivienda.

En una de las calles, un farol bañaba en luz un banco y con la misma, un vago. De este inmóvil cuerpo, aun salían algunos cálidos suspiros que formaban un leve vapor dando a conocer la baja temperatura. Dentro de aquella gorra desgastada, el vago abrigaba su viejo cerebro, que a diferencia de otros, todavía conservaba cordura. Pensaba en ese día y en los anteriores, los años y su vida... de a poco. Tenía tiempo.

La mañana, hace unos días atrás, fue distinta. Algo húmedo y cálido en su rostro lo despertó, por un segundo creyó que era su esposa, pero al abrir los ojos, volvió a encontrarse con las miradas de desprecio de la gente. Su mirada fue a parar entonces a unos inocentes ojos marrones – “¿Te perdiste?” – El perro volvió a lamerle, dándole un poco del amor que no había recibido en años.

El vago pasó sus sucias manos por el pelaje del perro, definitivamente estaba perdido. Ningún perro de la calle estaría limpio y feliz como ese, caminó un poco intentando deshacerse del animal, no pudo sino cansarse; tomó un largo suspiro sentado en el banco de una plaza, vio como el perro se acurrucaba a su lado. Durante un tiempo el vago lo miró; su pelaje negro, su bravura y lo más importante, sus ojos marrones, esos ojos tan especiales, parecían un libro cerrado con un título contándolo todo, así de misteriosos.

En su vida solo vio esos ojos en su esposa, esa mujer que le perteneció por tan poco tiempo, miró al frente, no era el lugar ni el momento de derramar lágrimas por algo perdido hace ya mucho tiempo. El perro le dirigió entonces una cálida mirada aliviando sus penas. El vago supo entonces que no podía perder tiempo, debía buscarle un hogar.

Fue a muchos lugares y habló con muchas personas, pero nadie le dirigió la palabra de buena manera. La luna adornó el cielo y el vago llegó debajo del puente donde se reunía con otros desafortunados como él. Se acurrucó cerca de la fogata y se quedó dormido con el perro a su lado, calentándolo con su cuerpo. Seguiría con la búsqueda mañana.

Dirigiendo su mirada al frente, notó un aviso con la foto de un perro: “PERDIDO (foto) Pelo negro, ojos marrones. Nombre: 'Jo'.

RECOMPENSA...” Miró al perro descansado en el suelo -¿Jo?- El perro se paró y movió su cola. Al fin, luego de una mañana entera de búsqueda, encontró su hogar, miró la foto y entonces un fuerte dolor recorrió su espalda:

– ¡Vete de aquí viejo, la recompensa es nuestra!- Tres niños lo golpeaban con palos. El vago, sin defensa, solo pudo ver como el perro luchaba. Ya no le quedaban fuerzas y con la vista nublada vio cómo se llevaban al pobre perro.

- Señor, ¿se encuentra bien?- una enfermera lo miraba fijamente
- ¿Podrían sacarlo ya? ¡Asusta a mis hijos! - reclamó una mujer parada frente a su lujosa casa. Detrás de ella, dos niños se resguardaban entre sus prendas.
- No es culpa nuestra que los trajera, bien podría dejarlos en sus habitaciones...

Ambas mujeres quedaron perplejas ante las palabras de vago mientras que un policía, intentaba no reír. La noche y los golpes lo volvieron nostálgico. El vago pensaba en lo sucedido esa mañana y el perro al cual estaba abandonando. Sentía culpa, pero era lo mejor que podía hacer. Dentro de su mente todo se mezclaba con el blanco de las paredes de un hospital, el negro pelaje del perro, los marrones ojos... de su esposa. La luz de la

mañana alumbraba su camino y en su mente todo se oscurecía con recuerdos fríos.

Aún en su memoria existía un rincón donde intentaba no llegar nunca; un lugar donde los recuerdos de su difunta esposa lo hacían olvidar las miradas de odio de las personas; recordaba con dolor su sonrisa, su cabellera negra, su piel morena, sus berrinches, sus intentos de bravura que solo la volvían tierna. La extrañaba mucho, no pudo ver siquiera su piel sonrojada en sus últimos momentos de vida. Los intentos por salvarla fueron inútiles, nadie se imaginó que su alergia a las abejas la llevaría a la muerte. Un aguijón que pisó esa tarde en el campo de sus suegros le costó la vida. Ella lo sabía, pero no quería arruinar aquella reunión familiar con “algo insignificante” como lo dijo. Aquel dolor lo aguantó poco y se desmayó. Nunca despertó. Sus suegros no soportaban el dolor al imaginarla muerta y luego de que su corazón palpitara por última vez, la tolerancia fue poca, se llevó a ambos. El dejó de trabajar; empezó a aliviar sus penas en el alcohol, pronto perdió su casa y sus pertenencias, solo se quedó con lo que llevaba puesto, y una fotografía donde se notaban los bellos ojos marrones de su esposa, Estela.

Se llevó la mano al bolsillo y sacó la fotografía. Junto a esta también el aviso de Jo. Miró ambas imágenes, la del perro y la de Estela... un sentimiento que desconocía lo obligó a llegar al lugar que indicaba el aviso.

Tal vez ese sentimiento no exista y sea un intento desesperado por lograr algo o simplemente la necesidad de ver esos ojos marrones nuevamente... Habrá sido eso último; porque nada más al llegar al lugar indicado, no hizo más que mirar aquellos ojos y admirarlos como si fueran únicos. Antes de que lo echaran del lugar, se dejó lamer las frías manos.

Durante un largo tiempo estuvo visitando a Jo, quien lo recibía con gran entusiasmo. En una de sus visitas un peludo perrito blanco lo recibió también. Apenas vieron al vago tocarlo, los dueños de la casa lo resguardaron dentro de la casa. Sin embargo, dejaron que Jo quedara fuera. Parecían no tener problemas con que el vago se quedara con Jo por unos minutos.

El vago fue para cumplir con su visita una tarde. Llegó a la cuadra y notó cómo un auto realizaba extrañas maniobras que no llamaron su atención. Llegó hasta el lugar y esperó. Unos segundos fueron suficientes para que al vago se le notara la preocupación. Se levantó y miro el jardín, pero no logró encontrar esos alegres ojos marrones, lentamente dio media vuelta. De a poco su respiración disminuyó; sus ojos miraron la calle. Sobre el asfalto, un bulto negro, inmóvil, lo dejó sin palabras. Sus pasos y sus ojos llegaron frente al peludo cuerpo. Ya no podía hacer nada. Su respiración tomó el control, su pecho subía y bajaba de forma violenta, sus ojos se desorbitaron y un grito lleno de dolor, rompió el silencio, sus rodillas

tocaron el suelo; al mismo tiempo, sus manos desesperadas intentaban arrancarle las canas de la cabeza y las lágrimas mojaron sus mejillas.

Una fría gota de agua lo devolvió al banco con un susto. La luz continuaba sobre sí alumbrando las sucias mantas. Su respiración se agitaba con un dolor punzante en el pecho. Recordó más tarde, cómo un camión basurero se lo llevaba. Las calles desiertas y todo aquello que tenía frente a él se fue tiñendo de negro. Ya no sentía frío porque el lugar donde estaba era cálido; abrió los ojos y vio una peluda figura negra que corrió frente a él. Se refregó los ojos, su mirada se enfocó y se encontró con la silueta de una mujer de larga cabellera negra. El perro llegó a su lado y ambos, mujer y perro, lo miraron desde lejos con sus ojos marrones. Confirmó entonces que su memoria nunca falló. Aquella sonrisa que conservó en su memoria con tanto dolor, seguía siendo la misma.

14. RED EYES

Mariano Velázquez, Encarnación

Era una noche fría, más fría que esta, cuando mi vida cambió. Cuando parte de mi cordura y mi lógica se habían ido. Cuando presenciaron esa cosa en aquella noche. Me llamo Henry Peiffer, y esta es mi historia.

Fue una noche de invierno. Yo estaba caminando en un parque que había cerca de mi casa. Hacía unos cinco grados, pero a mí me daba igual, ya que tuve una fuerte discusión con mi novia y salí enfadado de casa.

Al llegar a un lugar casi apartado del centro del parque, me puse a fumar para poder calmar mis nervios. Luego de estar un rato allí empecé a sentir un olor fétido y nauseabundo. Me estaba mareando y dando náuseas. Me tapé la nariz pero ayudo muy poco. Traté de hallar el camino por donde había llegado pero todo estaba cubierto de niebla. Recuerdo que solo empecé a correr; no sabía a dónde, pero no me importaba, sólo quería alejarme de ese maldito olor.

Corrí, atravesando esa espesa niebla.... Hasta que me tropecé. Me había torcido el tobillo con la caída. Empecé a maldecir y quejarme del dolor.

Me di la vuelta para ver qué causé mi caída y allí estaba el causante de aquel olor nauseabundo. Era un torso humano desgarrado y podrido.

Grité desesperadamente y traté de levantarme, pero mi tobillo lastimado no me lo permitió y de nuevo caí adolorido al suelo.

A lo lejos, entre la niebla vi una figura de una persona no me podría caber en la cabeza. ¿Quién podría venir a este parque oscuro a altas horas de la noche y con este frío aparte de mí?

- ¡¡Hola!! - grité – ¿Podrías ayudarme? ¡Me torcí el tobillo y no puedo levantarme! ¡Por favor! - pero no recibí respuesta.
- ¿Me estás oyendo? - volví a gritar.
-

De repente, vi que la niebla se disipaba. No pude creer lo que mis ojos horrorizados veían. Ese hombre, no, esa cosa con forma de hombre sostenía una cabeza o lo que quedaba de ella. Pero eso no era lo que me causaba horror. Eran sus ojos, esos ojos rojos carmesí con rasgos de demonio. Se podía ver la sed de sangre y rabia que había en ellos. Hizo a un lado lo que fue alguna vez una cabeza de alguien y se quedó mirándome. Solo presenciaba esos ojos que brillaban a la luz de la luna y que penetraban la oscuridad provocando pavor a quien lo viera. No pude observar su rostro ya que llevaba un tapado en la boca con una imagen

de una sonrisa tenebrosa y una capucha negra. Observé también que llevaba guantes de cuero. No sé para qué... tal vez para cubrir sus huellas a la hora de hacer sus enfermas acciones. No le di mucha importancia.

En eso, de la nada pegó un grito mezclado con un chillido infernal que hizo que los árboles se sacudieran y que perdiera parte de mi audición por un momento. No sé cómo, pero eso logró conseguir que reaccionara. Me levanté del suelo y empecé a correr con dificultad. Me dio igual el dolor que sentía en mi tobillo. Sólo quería alejarme de esa cosa. Se oía cómo se acercaba hacia mí con gran velocidad, haciendo crujir las ramas y tambalear los árboles ¿Dónde está? ¿Por dónde viene? Me dije a mí mismo con desesperación. Me escondí detrás de un árbol y recé para que no me encontrara. Me di la vuelta con miedo para ver si lo perdí o qué tan cerca de mí estaba, a pesar de que no podía ver nada en esa oscuridad sin fin.

Un silencio recorría el lugar, creando un ambiente de inquietud pero también de tranquilidad. Suspiré aliviado, pensando que lo había evadido, pero al darme vuelta... ¡ahí estaba! A solo unos centímetros frente a mí; mirándome, haciendo que cada músculo de mi cuerpo quedaría paralizado del miedo.

Me agarró del cuello y me levantó del suelo. Traté de gritar por ayuda pero él no dejaba de asfixiarme. Pensé en ese instante que iba a morir, pero no. Él quería jugar un poco más conmigo. Levantó su brazo que tenía libre y con su boca sacó su guante de cuero. Tenía garras en vez de uñas. Lentamente apuntó con su dedo hacia mí, estando a centímetros de mi cara. La movió de forma violenta y desgarró mi rostro sin llegar a tocarlo.

Traté de gritar pero fue imposible. Hizo lo mismo con mis brazos, mi torso, parte de mi cara y mi cuello. Veía cómo se divertía al escuchar mis silenciosos sollozos. Pero logré recordar que tal vez podría ser salvado. Soy policía y para casos "extremos" siempre traía conmigo mi arma. Solo que en ese caso no estaba tan seguro de ello, ya que salí de casa, con prisa.

Empecé a buscar de forma nerviosa mi arma por todo mi abrigo, ya que sabía que estaba en mis últimas. Efectivamente estaba ahí. Me sentí aliviado y con prisa la saqué de mi abrigo. Le apunté al estómago y vacié el cartucho sin detenerme. Los sonidos de los disparos envolvieron el silencio de la noche, pero como creí, las balas no lograron ni siquiera inmutarlo.

Solté el arma al piso, demostrándole que ya me había rendido. Me miró con ira y gritó con furia. Levantó su brazo de nuevo, pero esta vez de forma violenta, con las intenciones de eliminar a su presa por intentar revelarse.

Cerré mis ojos, esperando mi inevitable final. Sentía cómo el tiempo se detenía. Cómo todo se ponía en silencio. Solo lograba escuchar las campanadas de una iglesia cercana.

- Lo siento Sarah - susurré entre lágrimas.

Volví a oírlo pero esta vez hizo un sonido de inquietud como que algo lo perturbaba. Abrí los ojos de nuevo. Confirmé que algo lo inquietaba. Se veía nervioso mirando por todos lados, como si algo lo molestara.

Volví a escuchar las campanadas de la iglesia. En ese momento me soltó, haciendo que cayera en el piso mientras que se cubría los oídos. Miró al cielo de una forma irregular como si buscara algo. Con esfuerzo hice lo mismo, levanté la mirada y vi cómo el amanecer se aproximaba. Me di cuenta que los dos veíamos lo mismo.

Dio unos pasos hacia atrás mirando al amanecer quedándose perplejo. Volteó a verme, no como si esta fuera la última vez que nos veríamos, sino como una que volvería a por mí, porque él es un cazador y yo su presa.

No me sentí aliviado en ningún momento. Incluso cuando esa cosa se había ido, sabía que no podía escapar de mi muerte. Si esa cosa no me mataba, el desangrado lo haría. Cuando sentí que estaba dando mi último aliento, oí las sirenas de los coches de los policías acercándose y de repente, todo se volvió negro.

Me desperté sin esperar menos. Estaba acostado en la camilla de algún hospital. Estaba vendado en los lugares donde había sufrido múltiples heridas. Me sentí en calma por un momento, pero todo cambió cuando escuché esa risa.

El entorno tomó un ambiente frío y hostil. Miré con miedo hacia el lado de la ventana y, ahí estaban esos ojos que con el reflejo de la luna penetraban toda oscuridad. Se quitó su tapaboca para que viera cómo se sonreía victorioso y con un simple sonido – shhhhh - expresó con alegría cómo se acercaba mi final. Todo se silenció.

15. TODO CAMBIA

Guillermo Kleemann, Hohenau

Todos ellos pasan con sus abrigos caros y con sus maletines. Pasan todos con un caminar cansino junto a ti. Todos te parecen lo mismo. ¿Tanto se parecen o es que se quieren parecer? Se suben el cuello del abrigo mientras maldicen entre dientes este año que tantas mañanas heladas nos está regalando.

Ninguno te ve. De hecho, ninguno te mira. ¿Eras así también cuando eras uno de ellos? Imagino que sí. No creo que hubieras prestado nunca la más mínima atención a ningún mendigo harapiento y sucio como el que te has convertido. Definitivamente no. Estarías demasiado ocupado cada mañana de aquellos gélidos meses de junio en tus propias ambiciones como para que te importara nadie más. Y menos algún despojo humano tirado en la calle que, para qué engañarnos, es lo que eres.

Quizás hubiera sacado las frías manos de los bolsillos, ¿por qué demonios te olvidabas siempre los guantes en el coche? Dejarías caer algunas monedas en su sombrero. Eso sí, pensando para tus adentros ¡búscate un trabajo y deja de molestar a los que sacamos este país adelante! Siempre fuiste tan considerado, tan caritativo...

Quizás ni te molestarías en buscar algo suelto en los bolsillos, ahora que lo pienso mejor. Seguramente estarías pensando en fondos de inversión, valores de alta rentabilidad y cosas parecidas. Ni siquiera dejarías que la bronca que tuviste la noche anterior en casa te distrajera de tus ocupaciones. De tu vida. Aquí soy una persona muy respetada, pensarías. Cuando hablo todos se paran y me escuchan. Les hago ganar mucho dinero y eso es importante, lo más importante, lo único importante.

Ahora lo es más, ¿verdad? Ja, ja. Qué cosas tiene el destino. Las pocas monedas que lastimosamente se reúnen a tu alrededor parecen reírse en tu cara. Pobre infeliz, te dicen. Ni para un café. ¿De verdad pensaste que eras imprescindible para este lugar? ¿Creías que te iban a dejar para siempre sentadito en tu trono de acciones preferentes, pontificando cual papa neoliberal, atragantándote víctima de tu ególatra creación de riqueza, tan pagado de ti mismo por el libre mercado de ventajistas diestros en el contrabando estatal...?

¡Qué iluso eras! Y mírate ahora. Mírate tú, ya que aquellos que te veneraban, ahora ni te miran. Les avergüenzas. ¿Es que no oyes lo que dicen de ti?

- ¿Qué demonios hace aquí? ¿No tiene otro lugar donde pedir? ¿Hay otros sitios donde le pueden ayudar, no? Nosotros no tenemos la culpa. Venir a trabajar cada día con la misma escenita.

¡Bah! Ni le hagas caso que cuando vea que todos pasamos ya se cansará.

No te equivoques, no llevan la mirada perdida. Fingen no mirar, no ver, para no verte. Igual que lo finjo yo mientras te escupo algunos céntimos a la cara. ¿Crees que no te reconozco? Si estás igual que siempre. Con el pelo más largo y sucio, con barbita de náufrago. Con ropa donada por la Cruz Roja. Pero igual que siempre. La misma soberbia en tus ojos coléricos con la que nos castigabas a mamá y a mí. La misma sonrisa tensa, masticando cada palabra como si te diera asco respirar el mismo aire que los demás. Ni para mendigo sirves. Demasiado orgullo para tragarlo sin morir asfixiado por tus propios vómitos. Para pedirnos ayuda. Para levantar la mirada y encontrarte con la mía. ¿Tienes miedo a mis reproches? Tranquilo, ni siquiera fuiste un mal padre. Ni a eso llegaste.

Me esperan en el edificio. Tenemos que ejecutar un par de desahucios. Estarías tan orgulloso de mí...

16. UN GRAN FRAUDE

Javier Vergara, Encarnación

En uno de los barrios más elegantes al sur de Inglaterra, ocurrió un hecho que conmocionó a todos los vecinos de la zona, pues una bella joven de ojos castaños y tez blanca, que servía en la mansión de un millonario fue encontrada muerta a la salida de un callejón. No había nada que inculpase a alguna persona del barrio, no había pistas, huellas dactilares o algún testigo, ni siquiera tenía signos de violencia. Un caso sumamente raro. Y la policía se puso a investigar.

El millonario no quedaría de brazos cruzados, pues era muy apegado a su sirvienta y se convirtió en una persona de confianza para él. Gastó dinero contratando detectives, chamanes, videntes locales, pero todos decían que era algo muy turbio y no podían ayudarlo.

Ya casi a un mes del fatídico encuentro, el millonario encontró un viejo Gurú que había ayudado a la policía de todo Reino Unido a concluir casos abiertos. No perdió más tiempo y pidió a su mano derecha, el Coronel retirado Schadenfreude, de la marina alemana, que contactase con el Gurú lo más pronto posible.

El Coronel le advirtió que podría ser un farsante y no le emanaba mucha confianza, pues este ya tuvo la oportunidad de socializar con él y goza de un fuerte resentimiento, pues le había robado la fama de un caso muy importante que estaba en sus manos.

El millonario le suplicó y el coronel, de mala gana le pidió su colaboración en el caso.

Pasados cinco días del llamado, en la estación de ferrocarril, llegaba un octogenario vestido de túnica blanca; con pelo y barba extremadamente largos (hasta la cintura) y descuidados. El millonario se impresionó al verlo y preguntó inocente y tontamente:

-¿Es usted el Gurú Llygredig?

Ante la mirada fría y púnzate del anciano, prosiguió nervioso:

- Hmmm... yo soy el señor Herzamhur, es un placer tenerlo de invitado – mientras realizaba una reverencia absurda – espero sea de mucha ayuda para resolver el caso.

El anciano, ahora con una mirada amistosa, le agradeció la bienvenida y le ordenó que lo llevase al lugar del crimen.

Una vez en el lugar, sin perder más tiempo, el gurú se sentó, puso unos amuletos en el suelo y empezó a meditar, mientras lanzaba gritos y alaridos desesperantes. Estuvo así por lo menos 5 minutos. Cuando el silencio volvió a reinar en aquel callejón, el viejo se levantó agarrando los talismanes que dejó en el piso. Acercándose al millonario dijo:

- Hice contacto con ella, pero no me quiere contar quien hizo tal atrocidad, la he obligado y me dio una señal.
- ¿Qué clase de señal? Preguntó.
- Una letra - respondió el viejo – la letra A. No sé si es familiar para usted.

El millonario se puso triste, pues conocía a mucha gente que tenía de inicial la letra “A”. Una gran cantidad de vecinos, sus amigos de copas, el Coronel, hasta su propia esposa. Le pidió al gurú que siga con su investigación mientras iba a su casa a reflexionar lo que estaba aconteciendo.

Antes de llegar a su casa encontró al coronel y le dijo:

- Hay un avance, no es mucho pero nos puede ser muy útil.
- ¿En serio? Cuente más sobre el supuesto avance.
- El anciano me dio la inicial del asesino, es la letra A.

El coronel, furioso, reprochó:

- ¿Cómo usted puede caer en eso? Lo de la inicial es rutina para muchos videntes que solo quieren dinero. La policía está metida en esto y les tengo mucha más fe a ellos que al anciano; además, yo también he comenzado a investigar y le daré resultados más rápido que el viejo.

El millonario, un poco ofendido, aceptó la investigación de su amigo y siguió su camino hasta su casa, donde algo inesperado lo esperaba. Su esposa, con espuma en la boca, la piel pálida y ojos de un color blanco nieve. Se podría pensar que fue un suicidio, pero no era posible. Las cosas no encajaban. Luego de un llamado a los servicios de emergencia, llevaron el cuerpo de lo que hasta momentos antes fue su esposa, Alissa Uccidere, una inmigrante italiana con un trabajo en la alta costura, que realizaba muchos viajes al exterior.

La policía interrogó al señor, pero él no sabía cómo pudo ocurrir eso, ya que su esposa era muy creyente, no presentaba problemas cardiovasculares, no tuvo enfermedades graves en su vida y no tenía alergias.

La policía le dio apoyo y le prometió que encontraría al autor. En eso, el millonario soltó a llorar gritando:

- ¡Ustedes no pueden atrapar una simple cucaracha y me quieren dar esperanza de que hallarán al culpable! ¡Este es un sistema corrupto!

El oficial pidió que se calmase, y que si no confiaba en ellos, que lo haga con sus propios medios.

El Coronel no tardó en llegar al lugar, encontrando a su amigo, que no tenía consuelo y se tomó una botella de whisky en dos tragos. Acercándose, preocupado, le habló:

- Oye, sé que este momento es muy difícil para ti, es muy trágico todo lo que estás pasando. Ahora que se fue y parece que estas solo. Pero yo estoy contigo y te ayudaré, pues somos amigos...

En eso interrumpió en el lugar el gurú, que se había enterado del incidente y le pidió permiso para meditar en la zona, pues el hecho se dio hace poco tiempo y el espíritu rondaba con más fuerza en el lugar.

- Haga lo que sea necesario - dijo el millonario. Y el gurú se sentó y empezó a meditar, bajo la atenta mirada de los dos señores. No tardó en pronunciar unas palabras muy oscuras.

- Mi querido esposo – dijo – no pienses que me he suicidado. El me asesinó, una persona a la que conoces... él también mató a la sirvienta, no te detengas en tu búsqueda por la verdaaaaaaad... - finalizo de decir el gurú que había recobrado la conciencia.

El millonario ya tenía más pistas, y por fin un sospechoso. Nada más que el coronel, que estaba cerca de su casa antes del encuentro con el cadáver de su esposa y que le recriminaba el contratar a un vidente para la investigación. Para él ya era obvio, pero necesitaba más, algo más. Aún confiaba en el coronel pero también creía en el viejo, un dilema se creó. Pidió a ambos que se vayan, él debía tomar una decisión.

En su casa, el Coronel se puso a pensar y a pensar. El gurú claramente se quería deshacer de él. Después de mucha reflexión lógica llego a una conclusión impecable. Encontró lo que faltaba del rompecabezas, comenzando a escribir en su computadora un documento que decía:

- He llegado a una conclusión, amigo. Tu esposa contrató a un sicario, posiblemente experto en artes marciales y en asesinatos silenciosos, que mato a tu mucama, ya que esta presentaba un pequeño moretón en el cuello, justo donde está la arteria carótida. Y si te preguntas como deduje esto; es simple, en uno de los viajes de tu esposa, es bien sabido por todo el vecindario que tuviste una aventura con tu

sirvienta, y la dejaste embarazada. Al llegar tu esposa, tu sirvienta le confesó todo, con el fin de sacarle dinero, pero al parecer, tres días después encontró la muerte. Ya depresiva, tu mujer después de evaluar lo que hizo, dejó como excusa, ir a un retiro espiritual. Pero fue a conseguir Alcaloide D-tubocurarina, un componente del curare, y lo ingirió, arrojando el recipiente por la ventana para no dejar rastros y que tu incertidumbre crezca.

El coronel sintió algo frío entrar por su cuello y salir por su boca. Era su amigo, con un revolver “colt” que tenía en su colección de armas antiguas. Sintió como el alma se le escapaba y con su último suspiro vio a su amigo gatillar el arma contra su persona. Sabía que su amigo fue cegado por un farsante, que de nuevo, dejó un caso concluido a su larga lista de casos “imposibles” de resolver.